LAS ESPAÑAS

Revista Literaria

AÑO I ★ No. 2 ★ NOVIEMBRE 29 DE 1946 PRECIO 50 Cts.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - Monte Esquinza, 30-3.º dcha. - MADRID-4

Facsímil de "La Barca del Infierno" - Lisboa, 1562-

PATIO DEL PALACIO DEL INFANTADO — Guadalajara
(Destruido por la aviación nazi-falangista)

EN LA DISTANCIA QUE DUERME

Despertar de L. Cernuda

por Manuel Altolaguirre

HAY amigos distantes, que nos acompañan desde hace mucho tiempo, sobre una distancia tan dormida, que nunca la siento fuera de mis ojos sino doliéndome en esa oscura intimidad del alma en donde nunca mueren los afectos.

Hoy quiero recordar a Luis Cernuda: Ante el cielo cuadrado, azul, de mi ventana, recuerdo el verso suyo: "Los durmientes desfilan como nubes" y le veo como el soñador más luminoso, como el poeta mejor iluminado de toda la poesía española de hoy.

Cuando le conocí, ahora me doy cuenta, estaba misteriosamente dormido. Caminaba desdeñoso por su sueño, un sueño más alto que la vida y se abandonaba al canto, soñando con la belleza.

"El hombre es una nube de la que el sueño es viento" y Luis Cernuda así pasaba empujado por el aire ciego, dándome la leve presencia de su espíritu.

Yo le conocí cuando era muy joven. Me parecía cansado "porque antaño soñó mucho día y noche". Creció con indolencia. Ahora leo en su libro:

"La almohada nos abre
los espacios risueños".

En ese espacio de la alegría se refugia el poeta sin conciencia ya, cantando con una onírica sinceridad pagana. Su poesía de entonces, tan viva para siempre, tiene algunas secretas coincidencias con la del gran poeta francés Paul Eluard, al que traduce (1926) antes de que trascendiera su fama.

Y, sin embargo, nada hay más distante de la poesía de Cernuda que las aventuras literarias de los surrealistas franceses. A pesar de que nuestro poeta vive "tragando sueños", a pesar de que las palabras de su sueño se pierden en la nieve y de que "aquella noche el mar no tuvo sueño", a pesar de tantas hermosas fantasías de esta índole, Luis Cernuda es un poeta hermano por su acento de Garcilaso y Becquer, y su poesía sueña dentro de la mejor tradición de la poesía española.

"La Realidad y el Deseo", título de su libro debiera traducirse "La Realidad y el Sueño", porque todo lo que desea, desde su indolente conciencia juvenil le parece un sueño. Hasta el amor que tan oscuramente lleva en la sangre.

"Si mis ojos se cierran
es para hallarte en sueños".

Luis Cernuda, con los ojos cerrados, una vaga promesa acunando su cuerpo, se rebela contra ese fatal hundimiento cuando exclama:

"No me dejes que me anegue
el sueño entre sus plumas",

versos que se relacionan con aquel poema suyo tan famoso:

"Estar cansado tiene plumas..."

(Pasa a la pág. 12)

Tres Poemas de Gil Vicente

Del rosal...

DEL rosal vengo, mi madre;
vengo del rosale.

A riberas de aquel vado
viera estar rosal granado;
vengo del rosale.

A riberas de aquel río
viera estar rosal florido;
vengo del rosale.

Viera estar rosal florido,
cogí rosas con sospiro;
vengo del rosale.

Del rosal vengo, mi madre;
vengo del rosale.

★

Decid que no sé...

DECID que no sé quién so,
ni qué digo,
ni qué haga, ni que siga,
ni sé si soy hombre yo,
ni estoy conmigo.

Decidle que no tengo nombre,
que el suyo me lo ha quitado
y consumido;
y decid que no soy hombre,
y, si hombre, desventurado
y destroído.

Soy quien anda y no se muda,
soy quien calla y siempre grita
sin sosiego,
soy quien vive en muerte cruda,
soy quien arde y no se quita
de su fuego.

Soy quien corre y está en cadena,
soy quien vuelve y no se aleja
del amor,
soy quien placer ha por pena,
soy quien pena y no se aqueja
del dolor.

★

Cantarcillo

CUAL es la niña
que coge las flores,
si no tiene amores?

Cogía la niña
la rosa florida.
El hortelanico
prendas le pedía,
si no tiene amores.

"DOS ESPAÑAS"

POR

Pedro Bosch Gimpera

AHORA, como siempre, hay dos Españas. Desgraciadamente el mundo ha conocido a menudo sólo una y muchos españoles han sufrido su contagio. Nos preguntaríamos a veces: ¿En dónde está la auténtica España? ¿Es que se ha escrito su verdadera historia?

En la España "oficial" ante la que tienen embajadores muchos pueblos democráticos, se clama por una continuidad histórica y se pretende restaurar la "verdadera" tradición española, depurada de desviaciones. España es la que se supone hecha por los Reyes Católicos "restauradores del orden", artífices de su "unidad nacional" y de su "unidad religiosa", perseguidores de judíos y de musulmanes; por Carlos V —un alemán—; por Felipe II encendedor de hogueras contra erasmistas, protestantes y flamencos, perfeccionador del absolutismo de los Reyes Católicos y del estado burocrático, en lucha contra toda Europa para mantener un imperio imposible y una unidad católica ya rota definitivamente; por Felipe III aniquilador de la industria y la agricultura de los moriscos y por el Conde-Duque perseguidor de portugueses, andaluces y catalanes para reducirlos todos a una uniformidad de la que tomaba como símbolo las "leyes de Castilla"; de Felipe V realizador de la uniformidad a sangre y fuego, alegando el derecho de conquista como fundamento jurídico del Decreto de Nueva Planta. Su España imperial, menguado su poderío por la envidia de las potencias, corroida por la "nefasta influencia extranjera", introducida por Carlos III y sus ministros, por la Enciclopedia y la Revolución, por el liberalismo del siglo XIX, por la Institución libre de enseñanza y por la Segunda República, sólo tiene como momentos luminosos restauradores Fernando VII, la "epopeya" carlista y finalmente José Antonio Primo de Rivera y Franco. El ideal es volver al siglo XVI y, a ser posible, restaurar el Imperio, por lo menos en la dirección espiritual de América.

Los precedentes de esa España los encuentran algunos en los reyes de León, continuadores de la monarquía visigótica —de origen germánico— y en el Imperio romano, considerado a veces como prefiguración del español del siglo XVI. Efectivamente, los romanos prefiguraron los modernos métodos imperiales, con las matanzas en masa —Estepa, Coca—y con asesinatos políticos—Viriato. Los reyes visigodos intentaron la unidad católica por la fuerza obligando a convertirse a los judíos, confiscándoles sus bienes. Ya hubo minúsculos emperadores de las Españas entre los reyes de Asturias-León, acosados en sus montañas por los ejércitos musulmanes. Alfonso VI ostentaba el mismo título, a la vez que desterraba al Cid—un refugiado castellano en tierras de moros. Aniquilado el pueblo castellano en Villalar, en su última rebeldía libertaria, se logró identificarlo aparentemente con España, se contagió esta idea a algunas de sus mejores mentes y Quevedo llamaba a los catalanes que defendían sus libertades "aborto monstruoso de la política" y "provincia apestada". Consecuentes con su concepción de España se abomina hasta de Cánovas y de la Restauración alfonsina que se contagió del "morbo liberal" y no hay que decir que de la política autonómica de la República que llevaba a la "España rota" de Calvo Sotelo.

Voces desconocidas u olvidadas, hoy consideradas por ellos como "antipatrióticas", de los que lucharon en el pasado contra tal concepción de España —recordemos sólo a Pi y Margall—o que han sido fusilados o que lo hubieran sido de caer en las garras de los "imperiales"—pensemos en Companys, en Azaña y en nosotros mismos—han dado otra interpretación de España y de su historia. La "heterodoxa", en realidad la verdadera.

Azaña reconoció la diversidad de pueblos que integraban a España con igual dignidad, declaraba que la unidad de España no la habían hecho los Reyes Católicos ni la monarquía de los Austrias y Borbones y que la iba a realizar por primera vez la República en 1931 y protestaba en un discurso memorable de que Castilla hubiese intentado jamás esclavizar a los pueblos españoles y de que hubiera existido la pretendida hegemonía castellana. Castilla, como toda España, como América, había sido víctima del despotismo de sus monarcas. Su pueblo terminaba su historia colectiva en Villalar. Sus valores póstumos y tan gloriosos no los engendró el Imperio ni la política despótica. Tenían raíces más hondas en el subsuelo de la historia peninsular, en donde se entrelazan fraternalmente con las de los demás pueblos que, en sus deseos de alcanzar una mayor libertad y de realizar su personalidad, no hay que considerar como réprobos, sino como fautores en conjunto de una tradición de la que no debe renegarse. La nueva España que quería crear la República había de ser la continuadora de esa "tradición corregida por la razón", que no era la del Imperio—que no representaba a la verdadera España, sino a la política de las casas extranjeras, a remolque de intereses no españoles.

¿Dónde está, pues, la verdadera España y su verdadera tradición, en la que pueden hermanarse todos, castellanos, andaluces, gallegos, vascos y catalanes? ¿Dónde está la España en que las naciones libres de América—crisol de pueblos—pueden reconocer y amar la madre de una parte de su ascendencia y de su civilización? La sangre de los antepasados de Bolívar, de Hidalgo, de Sucre y de San Martín no puede ser la misma que la de Torquemada o de los verdugos de su propia patria.

Esa España hay que buscarla debajo de la superestructura que la ha anegado secularmente. La superestructura—el Imperio romano-visigodo-leonés-trastamara-habsburgo-Borbónico falangista—

(Pasa a la Pág. 12)

En este número, originales de:

★

MANUEL ALTOLAGUIRRE—JOSE RENAU—J. GIL ALBERT—PEDRO BOSCH GIMPERA—J. HERRERA PETERE — LUIS SANTULLANO — JUAN DAVID GARCIA BACCA—A. RODRIGUEZ LUNA A. SUAREZ GUILLEN—ADOLFO VAZQUEZ HUMASQUE

Editorial ★

HAN LLEGADO a nuestras manos varios ejemplares del Boletín editado en París por los intelectuales españoles desterrados en Francia. Su publicación representa esfuerzos y sacrificios ejemplares, y una manera de sentir viva, angustiosamente, la MISION —no la función— del intelectual en esta hora

Implícitamente, estas páginas llenas de fervor y de inquietud dolorosa por España, son severo reproche para quienes han ido difuminando en sus adentros la tragedia indecible de nuestra Patria; para quienes la olvidan, atentos sólo a su dolor pequeño, personal; para quienes no tienen dedos ni ojos sino para hurgar y contemplar la gusanera más o menos lírica que llevan en el alma; para quienes la falsifican hasta convertirla en tropo literario, en material frío, en cómoda aureola para este muerto carasol de América.

Pero no es de ceniza de lo que queremos hablar, sino de estas páginas que tenemos ante los ojos.

Hay en ellas, hay en los trabajos que las nutren, la honda angustia del hombre español de nuestro tiempo, enfrentado a un montón de ruinas —en el sentido más amplio y más tremendo del vocablo— que se amontonan sobre el solar físico de la Patria, y sobre la carne y sobre la fe de nuestro pueblo. Pero junto a la angustia, o en ella misma y por ella misma, la esperanza crece raíces nuevas, desesperadas raíces, de donde brota ese imaginar la España del futuro, ese soñarla y buscarle forma, ese desasosiego, ese afán casi doloroso por ENCONTRARLA y volverla a su ser.

Y es ahí, donde la coincidencia es posible; ahí y no en ese runruneo de fantasmas que barajan palabras muertas, aferrados a la escoria de lo que fué, y que hablan de vida mientras intentan sofocarla y confundirla con su muerte.

Lo acontecido en España ha sido de tales proporciones, que ni el número de muertos, de desterrados, de familias deshechas y de riquezas destruídas dan idea del cataclismo producido, de sus estragos psicológicos y de sus incalculables consecuencias. Allí no hay posibilidad de restaurar nada, porque de lo caído no queda sino polvo y amargura.

Hay que empezar por el principio, por sacar a luz los viejos cimientos, —lo entrañable, lo substancial de nuestro pueblo— y construir de nuevo con él y para él, que es nuestro, como nosotros somos suyos, pero entre todos, porque aun así, aun juntándonos desesperadamente, es posible que seamos pocos para empeño tan vasto, en el tiempo que cabe en nuestras vidas.

España, no invertebrada, sino desvertebrada intencionalmente, desfigurada y torcida a fuerza de ortopedias, necesita, antes que nada, descubrirse, saberse tal cual es, palparse cuerpo y alma hasta entender cada repliegue, cada hondón suyos, hasta encontrar razón a un entusiasmo que no pare en fulgurante llamarada.

Necesitamos SER, ser plenamente, y desbordarnos fronteras afuera con sólo nuestra voz, —¡tan profundamente humana, tan maestra en dignidad!— en la que hay, o puede haber, una manera más clara y más profunda de entender la vida.

En todo esto es menester soñar, pero con los ojos abiertos, tensa la voluntad, metidos en faena, y de manera tan limpia y abnegada como están haciéndolo los hombres que luchan y caen sobre la tierra nuestra; con el mismo espíritu que alienta en estas páginas llegadas desde Francia como mensaje de fe y como ejemplo inapreciable.

FALLA: Dibujo de Picasso

En el primer número de "LAS ESPAÑAS", nuestro colaborador, Carlos Gimenez hablaba del maestro. Días después nos llega la noticia de su muerte.

Es otro español, otro gran español que cae lejos de la Patria, desgajado de ella por la misma mano que la ensangrienta y envilece.

Ahora, quienes asesinaron a su mejor amigo, quienes le hicieron salir de su Granada con el alma llena de asco y de amargura, reclaman su cadáver. Los muertos no hablan, y un hombre limpio y grande bien puede ser una bandera para quienes no tienen sino manadas de lacayos y un balance de crimen y de ruina.

EL MAESTRO FALLA HA MUERTO

★

Nació Manuel de Falla y Mateu en la risueña Cádiz, el 23 de Noviembre de 1876. Sus padres, gaditanos también, pertenecían a familias oriundas de Valencia y Cataluña.

Apenas cumplidos los once años, interpretó al piano, en la iglesia de San Francisco de Cádiz, el célebre oratorio de Haydn: "Las Siete Palabras de Cristo en la Cruz", y antes de cumplir los veinte, el autor de "La Vida Breve" se trasladó a Madrid, donde continuó sus estudios, bajo la dirección del eminente música catalán, Felipe Pedrell. En 1917 logra ver realizado su viejo sueño de visitar París.

Siete años vivió en la capital francesa, al cabo de los cuales volvió a España, y fué Granada, la de su AMOR BRUJO, con sus gitanos, sus diablerías y sus historias de aparecidos, la ciudad elegida para instalar su morada.

Levántase la casa que fué de don Manuel en las laderas del Cerro del Sol, pasado el barrio de la Antequeruela Alta, muy próxima a la incomparable Alhambra. Desde allí se domina la rica vega granadina y en el horizonte la mole inmensa de Sierra Nevada.

Fué a mediados de septiembre de 1936, cuando Federico García Lorca, horrorizado de tanto crimen, temiendo por su vida, buscó refugio en casa del amigo. De ella sacaron al poeta una madrugada, para asesinarlo cobardemente y abandonar su cuerpo en una carretera . . .

Debió ser tal el asco, tan grande la amargura del maestro, que decidió abandonar —esta vez para siempre— la paz de su retiro granadino y afrontar la aventura triste del destierro.

"Años van ya corridos, —nos dice uno de sus biógrafos— que las cumbres de Granada no apacientan las raíces de su alma". —y añade— "Los montes de la argentina provincia de Córdoba, —cuyo nombre aviva la nostalgia— cierran a lo lejos el horizonte donde el músico busca la quietud de su alma".

En este "voluntario" destierro, culminación de su españolidad, el maestro Falla ha muerto. Y ha muerto sin olvidar los imperativos de su fe, que es la nuestra. La fe en la España eterna, junto a la cual, llevaba clavada en lo más hondo la indecible tragedia de su pueblo.

"LAS ESPAÑAS" considera un deber de la emigración republicana en México, y concretamente de sus intelectuales, la organización de un acto de homenaje a Don Manuel de Falla y ofrece su cooperación para los trabajos que con este fin se realicen.

"LAS ESPAÑAS" SALUDA AL NUEVO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA MEXICANA Y AGRADECE SUS PALABRAS DE SIMPATIA Y ALIENTO PARA NUESTRA CAUSA. COMO TODOS LOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES, HACEMOS VOTOS PORQUE EL PUEBLO DE MEXICO BAJO LA DIRECCION DEL PRESIDENTE ALEMAN CONTINUE MARCHANDO HACIA EL BIENESTAR Y LA GRANDEZA DE SU PATRIA.

CONVIVENCIA Y UNIDAD

El problema que a los españoles, que deseamos una nueva España, nos asalta con más fuerza, es el de la convivencia entre los hombres y los pueblos que forman nuestro conjunto peninsular, con sus distintas y complejas diferencias nacionales. No creemos que a horas de hoy pueda silenciarse el hecho de que hay gentes dedicadas a sembrar el odio y la discordia entre los hombres y pueblos españoles. Sólo hay una manera de posibilitar este odio: falsear la realidad no sólo nuestra realidad presente, sino también deformando nuestra tradición histórica y cultural.

En esta hora terrible para todos los pueblos hispánicos ninguno puede rehuir su responsabilidad ni tampoco monopolizar el heroismo que el hombre español derrochó en nuestra guerra, en la que todos lucharon para que con ella se iniciara un nuevo periodo de nuestra vida nacional, para que ella representase el fin de nuestra decadencia. Me atrevería a decir que este mismo anhelo que sentían los combatientes de la República era compartido por muchos, de los que luchaban en las trincheras enemigas.

No había en el frente de Madrid el 7 de Noviembre, diferencias entre los soldados que estaban defendiendo la capital de las Españas, eran castellanos, valencianos, catalanes, vascos extremeños, de todos, absolutamente todos los pueblos españoles; tampoco en los días del Ebro se preguntaban los soldados donde habian visto su primera luz y tampoco hoy en la lucha clandestina se preguntan nuestros hombres cual es su lengua materna. Hablan distintas lenguas, sí, pero todos expresan el mismo sentimiento: forjemos una España en donde se pueda vivir dignamente. En su desorientación ideológica todos se dicen: busquemos un ideal nacional alrededor del cual trabajemos juntos. Creo debemos de luchar a brazo partido, como dice el profesor Gallegos, por encontrar este ideal capaz de unirnos, de hacernos dar cuenta de que no somos lo que creemos ser, que nuestras diferencias, desde un punto de vista ideológico, son ficticias y que nuestras diferencias de carácter nacional no son un obstáculo para la colaboración y para la convivencia.

Debemos de conocer la diversidad de nuestra tierra y aceptarla y debemos de imponer a todos la unidad.

El primer paso en este camino de integración nacional es la previa definición de nuestra personalidad como individuos y como naciones. Sólo cuando cada uno tenga consciencia plena de sus posibilidades y de sus limitaciones podremos llegar a un acuerdo sobre nuestros problemas comunes. Para nosotros es legítimo cualquier esfuerzo que tienda a establecer y definir la personalidad individual y colectiva de los hombres y pueblos que forman nuestra España y por lo mismo rechazamos cualquier intento de definirnos con valores negativos, con **anti**.

Un castellano lo es, no por el hecho de que los catalanes, los vascos o los gallegos tengan tales o cuales virtudes y defectos, sino por un hecho y unas realidad ajenos a estos; igualmente los gallegos, los vascos, los catalanes lo son independientemente de las virtudes y defectos de Castilla. El **anti** jamás podremos utilizarlo como elemento definidor de personalidad alguna.

En el momento en que todos los españoles y las Españas se hayan encontrado plenamente a si mismos, podrán y deberán dar a la nueva España que surja de los esfuerzos y sacrificios comunes, una parte de su personalidad. Para ello es necesario eliminar de nuestro pensamiento todos los lugares comunes, falsos las más de las veces, que son un obstáculo para nuestra convivencia, y también aquellos que eliminan de nuestra realidad presente los problemas. Nuestra misión es ver claramente las dificultades y enfrentarnos a ellas con la resolución inquebrantable de resolverlas, sin cejar en nuestro empeño hasta alcanzar el fin deseado.

No creemos que ningún catalán, que lo sea dignamente, pueda dejarse engañar por las concesiones que Franco hace a la cultura catalana al dejar que se bailen sardanas y en Barcelona funcionen seis teatros en catalán, ni los vascos por el hecho de que hayan sido devueltas, a los capitalistas de su país, algunas regalías de tipo económico.

Vascos, catalanes, castellanos, gallegos y todos los pueblos peninsulares son victimas de un mismo regimen y sus problemas fundamentales son los mismos. La liberación de cualquiera de ellos y la resolución de nuestras dificultades comunes no puede ser a costa del resto de los españoles.

José Puche Planas

Poste de la capilla de S. Miguel de Lino -Oviedo-(edificada por Ramiro I en 845)

NOTICIAS DEL MES

VENEZUELA

Los intelectuales venezolanos se preparan para festejar el centenario de Cervantes. A José Bergamín le han pedido un cursillo entero sobre el Quijote y se proponen invitar a Navarro Tomás, a Federico de Onis y posiblemente a Pedro Salinas y Américo Castro.

ARGENTINA

Los escritores españoles Rosa Chacel y Rafael Dieste han triunfado en Buenos Aires. Rosa, con su novela "MEMORIAS DE LETICIA VALLE", —editada por E. M. C. E.— y Dieste, con sus tres obras teatrales, "VIAJE, DUELO Y PERDICION", que ha obtenido el premio del Club "EL MEJOR LIBRO DEL MES".

VENEZUELA

Nuestro querido amigo, el ilustre escritor José Bergamín, ha dado en la Universidad de Caracas un curso de conferencias sobre literatura española del Siglo de Oro, con el titulo, "ESPAÑA, TIERRA DE SANTOS Y DE CANTOS", (Aguja de Navegar tiempos, por los españoles de los Siglos XVI y XVII).

BRASIL

Los intelectuales más destacados del Brasil acaban de constituir el "ATENEO GARCIA LORCA". Se proponen dar a conocer la historia y la literatura españolas, y estrechar las relaciones culturales entre el Brasil y los intelectuales españoles que han permanecido leales a su patria.

FRANCIA

Procedente de Buenos Aires, ha llegado a París el poeta Arturo Serrano Plaja.

MEXICO

Juan Rejano y Daniel Tapia Bolívar, han sido nombrados, respectivamente, Director y Redactor-Jefe de la revista "Ultramar", órgano de la "Unión de Intelectuales Libres".

MEXICO

Juan Gil Albert, está escribiendo un libro titulado, "DE EL OCIO Y SUS MITOS". "Las Españas" se honra publicando en este número uno de sus capítulos.

MEXICO

Días pasados, el poeta español Alvaro Arauz, hubo de manifestar de manera correcta, pero enérgica, su repulsa a determinado actor falangista, empeñado, al parecer, en establecer relaciones con quienes hubieron de abandonar su patria por haber sabido defenderla.

MEXICO

"LLETRES", revista de literatura catalana, publicará en breve los siguientes títulos: "Pescadors d'anguiles" (Teatro) por Ramón Vinyes; "Lírica Universal" (Poemas) por Juan Climent; "Picnic" (Cuentos) por Pedro Calders, y "Carnaval" (Cuentos) por Mercedes Rodoreda.

FRANCIA

Muy en breve aparecerá "INDEPENDENCIA", revista editada por los intelectuales españoles desterrados en Francia.

VENEZUELA

Nuestro amigo y colaborador, el Dr. Juan David García Bacca, está desarrollando un curso de conferencias en la Universidad de Caracas.

MIS PRECEPTORES

- De "El Ocio y sus Mitos" -

por Juan Gil Albert

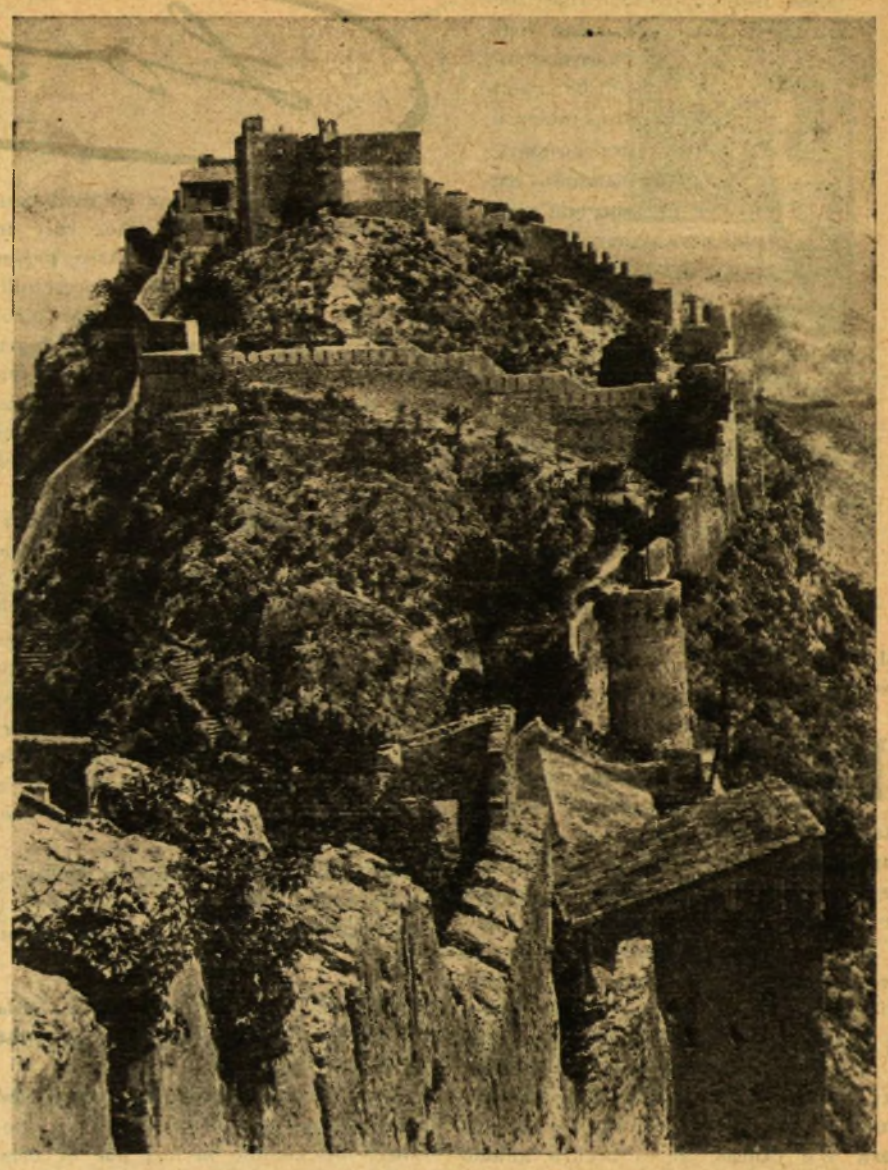
A Antonio Rodriguez Luna, en cuya casa oigo, los domingos, cante jondo.

CUANDO de niño se ha oído cantar a un arriero, hay para siempre en el alma una desazón y amargura que no pueden ser borradas por aliciente alguno, de tal modo, como la ropa de los viejos armarios, queda penetrada toda ella con el sabor de los embalsamientos.

Desconozco lo que esta experiencia pueda ser para los demás, la desconozco en el sentido individual de excepción o matiz que en cada cual repercute, porque a todas luces se me alcanzan los efectos de deleite tan desgarrador en las inclinaciones de un pueblo. Si en los otros pueblos de la tierra el canto es una dulce o apasionada expansión del espíritu, solo en el español se ha dado voz a la carne, y comprendo como esta delirante melodía carnal pueda sonar impúdica en oídos ajenos. ¡Quien sabe si no lo es!

La mía fué la siguiente: vivíamos en un casal enclavado en la montaña; las roídas almenas de un castillo cercaban nuestras tierras y asomados a sus bastiones con trazas amarillentas de perdices, contemplábamos la vega y los naranjales como alfombrados de verdor hechos a la suavidad del aire y a la tibieza de la luz. En la falda de nuestra colina se asentaba Játiva, empolvada, con ese mismo polvo blanco e impalpable que asedia como una nubecilla la marcha de cualquier caballería o vehículo; atravesarla era oler a jazmín, o sentir en el bochorno de la siesta, el martilleo musical de los herreros. Por lo demás, nosotros quedábamos en lo alto, dueños del confín y resguardados de la penosa realidad en aquel ancho retiro veraniego al que las murallas morunas prestaban, ondulando sobre la cresta de los montes, una aguerrida sombra, como hechizo de cuento.

Este era el marco de mi experiencia, la cual provenía de una canción que sonaba por los aires, en las horas centrales y calurosas de la mañana o, en las primeras lumbres del anochecer, días había en que se escuchaba igualmente en ambas ocasiones, como si en la tarde se respondiera con equivalente patetismo al augurio matinal. Yo no conocía la tristeza, no ya en mí, que ni aun por haberme tropezado con ella, vivía, como si dijéramos, ajeno a su realidad. Y al oír aquella voz, me dije entre dos juegos, como ante un descubrimiento al cual le prestamos la palabra que se despliega en nuestros labios por vez primera: eso es la tristeza. Solo que después, he seguido llamando con el mismo nombre a diversos estados más o menos anormales o caprichosos de mi ánimo o del humor ajeno, pero en aquel momento, yo realizaba la comprensión de una realidad en su magna apariencia: sí, aquello era la Tristeza, casi un ser con rostro y actitudes, era, como todo lo que al hombre le hace convulsionar las entrañas, una encarnación, la tristeza encarnada. Yo, como chico, poco o nada podía decir de esa voz, que no fuera aquel golpe inicial, golpe a la vez tan vehemente y aterciopelado, que poco menos que imposible me sería el diferenciar en él, los límites fundidos de su dolor y su complacencia. Apenas oídas las primeras notas de aquellos que yo llamaría hoy, rasguños de eternidad, mi naturaleza infantil sufría algo así como un cambio de temperatura, algo que, estoy seguro, suponía también en mi epidermis una alteración del color, y aunque continuara jugando o, entorno a mis entretenimientos, algo de mí, muy hondo, más hondo que el corazón y menos localizable, estaba ya suspenso de la montaña, cautivo en la desolación de aquel hechizo, casi tangible de penoso. Las frases espectrales llegábanme con su contenido en palabras ininteligibles para mí, pero aquel sonar de algo que se lamenta delirantemente, mezcla de gorjeo y de quejido, y que da a la sangre que lo escucha una reacción de empalidecimiento, rompía los límites de mi concordia infantil y, puedo expresarlo ahora, actuaba sobre mí, como si abriera a mis sentidos la virginidad de una consternación placentera; e a es la sensación que recuerdo. En cont aste con el trastorno que se había producido, yo nada preguntaba sobre motivos tan oscuros, ni ante aque la especie de miedo que me invadía, miedo orgánico atravesado repentinamente por una oleada de placer y ni siquiera parecía interesarme, con una de esas preguntas con las que los niños to turan a las personas mayores por quien era el que cantaba con aquella voz y por qué una canción era cosa tan lastimosa que paralizaba la respiración y no daba, por lo demás, el consuelo de las lágrimas. Sin que yo pudiera percibirlo, se estaba gestando mi pacto con las fuerzas sag ada; que actúan en la naturaleza porque entre tanta curiosidad que un niño pregunta, suele quedar siempre, en el más tenebroso de los secretos, aquello que es lo único a lo que tiende su vocación, la certera apetencia de su sangre. Claro que, en distintas ocasiones, porque estuviera correteando fuera de los cercos de la casa, o contemplara desde las murallas, los caminillos del matorral que trepaban pedregosos por la ladera del monte, había visto a unos hombres, los arrieros, junto a sus asnos que transportaban carga olorosa de pino fresco, como si alguien en algún confín estuviera necesitado de aire más puro y estos seres pacientes fueran los designados para calmarle, con este trasegar, ansias tan extrañas. Viéndolos un día, se me vino la sospecha, no sé si por el misterio trashumante que los envolvía, que pudieran ser ellos los que cantaban; iban sin embargo silenciosos, bajo las haldas negras de sus sombreros de paño y de vez en vez, prorrumpían en alguna palabra incomprensible, o hacían un chasquido animal con la lengua y el paladar y sus borricos simulaban un momentáneo apresuramiento. Sí, ellos eran, me dije, eligiéndolos entre cualquiera de los otros seres que en torno mío vivían. Esperé que se hubieran alejado, con el oído atento y alerta la respiración y así fué, que cuando habían dejado atrás los bastiones del castillo, en plena serranía, oí lejano, como si apuñalara el aire, aquella congoja. Si era en la mañana, durante el calor, el confín parecía apretarse como un ser vivo al que se sometiera a un delicado tormento; los tomillos, el espliego, la salvia y el hinojo, olían casi ásperos en su suave costumbre y las cigarras de los olivares, vibraban acompasadas como teclado de la copla, cual hacen las estrellas, cuando la luna con su atormentado rostro reaparece y se cierne en la intensidad del firmamento; si era de regreso en las horas azulosas del atardecer, entonces parecía como si aquel estertor musical, rociado con los ayes de una lúgubre lozanía, nos hiciera bajar a las entrañas mismas de la tierra, y allí ya, como si estuviéramos por vez primera en nuestro mundo, ya sin engaños, nos pusiéramos a llorar con un caudaloso frenesí, sin darnos apenas cuenta, en aquella infinita desolación, que el sabor de las lágrimas vertidas, nos gustaba.



CASTILLO DE JATIVA

Hecho aquel descubrimiento de los arrieros, que no confié a nadie, yo a menudo tan comunicativo, puse un día la atención en el hombre que cuidaba nuestra huerta y podaba, sirviéndose de grandes tijeras, los arbustos del jardín, porque me asaltó de improviso la idea de que acaso él fuera también de aquéllos; tenía también su asno de mansedumbre junto al cual lo veía yo entrar y salir en la finca, con un caminar pesado y lento en el que había sin embargo una pausada oscilación muy viril. Terminadas sus labores, se sentaba de noche a la puerta de su casa, en una silla pequeña, casi de niño, mientras su mujer y sus chicos andaban por dentro, alumbrándose con candiles de aceite. Era un hombre cincuentón, de amplio busto, con el vello canoso sobresaliendo por el cuello mal abotonado de su camisa de dril, de lo que estaban hechos también sus largos calzones de rayadillo, los que recojidos a media pierna para el riego o el entrecavar, dejaban ver la reciedumbre de sus hinojos. Su noble cabeza tenía el pelo creciéndole a la manera de los romanos antiguos, liso de la coronilla hacia la frente y su rostro curtido revelaba, como las nueces otoñales, el momento en que toda criatura de Dios está cuajada para su decisivo desprendimiento. Colgábanle sobre las rodillas sus manazas en la sombra de la noche y el descanso y su mutismo tenía una densidad tal que, a mí por lo menos, me imponía respeto. Poco iba a tardar en convencerme de que mis presentimientos no eran descabellados.

Fué en la víspera de alguna festividad, en que vinieron de rondalla un grupo de mozos tañendo guitarras, bandurrias y laudes. La noche, por lo diamantina que permanece en mi recuerdo, debió ser de fin de temporada, en el maridaje feliz de dos estaciones. Gentes del señorío de Játiva subieron también trayendo dulces y botellas de licor y en la explanada quedaban sus coches de mulas que hacían resonar los cascabeles de sus collares. Hubo bailes regionales, castañuelas y hasta sevillanas. Mi tío Gonzalo, que poco después, en escapatoria de juventud, aparecía por América cantando operetas, bailó con una señorita del lugar que había cursado, en el conservatorio de Madrid, los estudios de arpa y mi mismo padre, trenzaba sus saltos con una señora de la nobleza a quien, por motivos escabrosos, tenía su marido confinada en un palacete de la villa. Señores, sirvientes y labriegos, andaban confundidos en la contradanza y hasta en ocasiones, intercambiando complacidos sus parejas, todo lo cual producía un frenesí, que iban atizando con coplas y ayes los músicos de la rondalla. Una tristeza jubilosa se iba apoderando de los ánimos y en la exitación y el acaloramiento, a la par que las rosetas de la sangre teñían las mejillas, cada cual iba cayendo en su círculo de soledad

(Pasa a la pág. 12)

MARIANO JOSE DE LARRA

- Acusación que Perdura -

por Manuel Andújar

"¿Y a qué quieres saber más?
¿No sabes que morirás?
¿No es este saber bastante?
¿No está la verdad delante?
Sí. Muriendo la hallarás".

ANGEL GANIVET

LOS grandes suicidas españoles dialogan, a través de sus acerbos monólogos, en la comba de los siglos dispares. Séneca, Larra y Ganivet, todos y cada uno, "escultores de su alma". Pero así como en el filósofo cordobés la experiencia dolorosa es marcadamente coto cerrado, neto individualismo, en Fígaro y en Pío Cid el fondo de su mortal inquietud muéstrase estremecido de solidaridad humana, de ambición colectiva.

Sobre Larra se ha encarnizado la incomprensión, se cebó el olvido pillastre. Para los literatos camaleónicos su aventura y su obra, la valiente consecuencia que expresan, es un quemante reproche. Baste recordar el respingo elusivo del inefable Eugenio d'Ors: "Fígaro no me entusiasma demasiado, era ya mucho sociólogo..." "...Se dice que le asesinó la realidad española. Sí; como la estufa mal encendida y humosa al hombre que no ha tenido aliento para levantarse del lecho y abrir la ventana". Y después de esa sentencia, el doctor en barroquerías no se inmuta.

Otros, no desprovistos de cordialidad y clara intención, trigo más limpio, lo tachan de afrancesado. Los indefectibles comodones se lo quitan de encima con un gesto despectivo y las frases de tanda: total, se perdió por unas faldas, estaba intoxicado de romanticismo, la epidemia de la época. Hay quien le sermonea porque sus escritos son en demasía periodísticos, sin redaños creadores. Y se establece un clima de descrédito, de arbitraria descalificación, echando mano a lo que, aseveran, entraña de cobardía su fin.

Mas para juzgar una existencia como la de Larra, tan compleja y metida en sí psicológicamente, enraizada a la par —y con ardoroso dramatismo— a una etapa decisiva de nuestra Historia, es inadmisible pagarse de apariencias, aunque éstas sean sonadas. La escenografía tapa la verdad monda. A reserva de examinar su "fenómeno" con mayor sosiego, creemos de simple necesidad manifestar una opinión personal que pudiera servir, polemicamente, para que su figura surgiese con luz generosa y actual, si se logra una discusión honda, directa, sin subterfugios.

En España la misión del escritor ha sido invariablemente áspera. El hombre de letras únicamente encuentra los caminos de la rebeldía a ultranza, o el más común del asentimiento regalón o el atajo de eliminarse, cuando la pugna entre su conciencia —que es mixtura de carne y espíritu— y lo circundante llega a una crisis extrema. Si se busca la certidumbre, fuera de los místicos vericuetos, en un medio retrasado, cicatero y anacrónico, y se porfía en este anhelo, no de pluma, sino de sangre y sentimiento íntimo, nadie puede atreverse a pronosticar y exigir un desenlace, condicionado por una serie de factores externos y temperamentales, de difícil fijación, que no dejan de influir.

Y en cuanto a muchos de sus impugnadores, la tendencia hostil y vergonzante hacia lo hispánico, la labor intelectual dispersa, el alejamiento torpe de las evidencias políticas del XIX, el apego logrero a una taifa, ¿no significaron una negación radical, un incruento y diluído suicidio, un suicidio histórico en el que no se arriesgaba ni un pelo de la ropa?

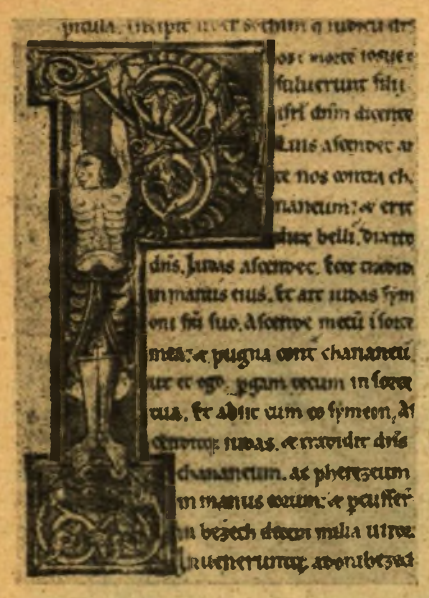
Larra se equivocó en la solución, pero jugaba sin cuquería, con las cartas sobre la mesa. Con su ya tópico pistoletazo, aparte de su honradez ideológica, puso de relieve la llaga en que aun debemos hurgar, el hecho catastrófico de que en España, década tras década, se haya malogrado, y enconado, la titulada revolución burguesa. Su desengaño amoroso representó, posiblemente, la gota de agua que colma el vaso. El mal, sin embargo, arranca de otras heridas, más peligrosas y tercas.

Denota Larra una mente perspicaz, una vibrante sensibilidad, un criterio nervioso y concentrado. Máscara oval, grueso labio inferior caído, ojos de sepulta mirada, cansados hombros. De la infancia quedábale la huella contradictoria del exilio —el ambiente familiar en pugna con el país extranjero, los mil aspectos tangibles de una civilización más desarrollada; en el hogar, sordas añoranzas, una visión crítica de las costumbres de que los suyos se habían desgajado.

Además, la guerra de Independencia criginó una curiosa confusión. No pocos "avanzados" se identificaron con la causa del errabundo José I. Los reaccionarios palaciegos que con sus manejos miserables provocaron la intervención francesa, cambiadas las tornas, vencidos los invasores, se apropiaron del sacrificio de clérigos patriotas y creyentes pobres para arrimar luego, más holgadamente, el ascua a su sardina. En esta repugnante falsificación se empequeñeció y tergiversó el notable papel desempeñado por las Cortes de Cádiz y la nutrida opinión liberal, combatiente, que encabezaban. Absolutismo y españolidad son conceptos indisolubles, argüian los neos. Esta interpretación mentirosa, a su capricho y beneficio, se impuso a gritos y correazos. Y el resabio de endosar el sambenito de exó-

(Pasa a la pág. 13)

Los Libros



BURGOS.- Biblioteca Provincial: *Biblia*.

EL ZARATAN.—Juán Ramón Jiménez.—

DENTRO del recinto de un alma de adolescente, confinado algunas veces en su frente y otras —las más— en su pecho, transcurre el pequeño gran cuento que nos regala Juán Ramón, bajo el nombre de "El Zaratán".

Josefito Figuraciones es un verdadero artista adolescente. El Zaratán que le corroe el pecho a Cinta Marín es como una llavecita mágica que echa a andar el complicado mecanismo de su fantasía. Y Josefito es, en cierto modo, feliz, porque encuentra objeto para e e tantas veces oscuro anhelo que padece —o goza— todo adolescente con vida interior. Arrancar a la pobre Cinta, viuda y blanca, el monstruo que le devora el pecho, ser el San Jorge del dragón escondido en el caliente seno, es el afán que mueve a Josefito. Y el que impulsa sus sueños.

El héroe es, sin saberlo, un poeta y un Amadís. Vive interiormente la poesía de su ansia oscura, sueña imágenes poéticas. Aunque su anhelo se haya materializado en el zaratán que lleva Cinta Marín en el pecho blanco, sueña el adolescente que el enemigo se agiganta, cobra fuerzas temibles y ferocidad, para que sea más grande su acción de matarlo y llevarlo "arrastrando por todo el pueblo como un trofeo". Como haría Don Quijote, porque Josefino sueña como Don Quijote y, si la timidez de la edad no le encadenara, obraría como él.

La deliciosa duermevela en la que un detalle de realidad es hito de donde arranca una acción heroica, un amor puro compartido es el clima espiritual en el que "el Zaratán" se desarrolla. Y el amor oscuro, sin forma inconfesado aun a sí mismo, esa suerte de amor "poética" que da alas al pensar y al sentir, es la tónica del cuento.

LA MONARQUIA ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII — Leopoldo Van Ranke — Editorial Leyenda. — México, 1946.

Von Ranke escogió, para escribir su "Monarquía Española en los siglos XVI y XVII" ese camino difícil del que es tan fácil apartarse. Por un costado frunce el ceño la Historia y yergue las siete cabezas de sus hechos incontrovertibles y sus ineludibles fechas y, por el otro, sonríe y hace invitadores guiños la sirena de la biografía novelada. Respetar al monstruo y desoir el reclamo de las sirenas: he aquí el problema.

Von Ranke logra afrontar este problema y resolverlo airosamente. "La Monarquía Española" es Historia, como se encargan de atestiguarlo al pie de cada página las incontables notas, y participa también del género biográfico sin novelerías, pero con la suficiente vivacidad para quitar a la Historia su polvo y sus telarañas.

Esa serie de fotografías "fijas" que nos viene sirviendo la Historia desde siempre, se convierten en esta obra en "film". Son los mismos personajes los retratados, pero Ranke los hace moverse, actuar ante nosotros, ejecutar los actos que registra la Historia, dándonos una ilusión de vida casi perfecta.

Los defectos inherentes al método histórico, ese aislar un país del resto del mundo para estudiar su evolución de principio a fin, sin tener casi en cuenta sus relaciones con otros países más que en los momentos imprescindibles por ejemplo, son salvados airosamente por Von Ranke quien logra darnos, al mismo tiempo que una visión de conjunto, una serie de "detalles" con el magnífico retrato de Carlos V que nos presenta en el Primer capítulo.

Muy estudiados el tema y la época, con abundancia de fuentes y estudios anteriores en que documentarse, "La monarquía Española en los siglos XVI y XVII" no es por estas razones una obra más sobre la cuestión, por la interpretación de los hechos y documentos hecha con tal objetividad, la seriedad y, si no se hubiese abaratado tanto el término, podría añadirse la amenidad con que están los hechos presentados.

La traducción de Manuel Pedroso, pulcra como todas las suyas, tiene a ratos sabor a cosa añeja y con solera.

LEYENDA A... — José Moreno Villa El Colegio de México.—México, 1946

Como los designios del poeta son inescrutables, un buen día José Moreno Villa cambió la lira por el cristal de aumento y la pluma por el escalpelo y se dedicó a... leer, si hemos de atenernos al título de su último libro. "Leyendo a" se llama la obra y se recogen en ella once breves ensayos.

Se propone el autor encontrar la palabra clave de un grupo de poetas. —y hasta de un par de pintores— y estudia, con minuciosidad, extraña en un poeta, las obras principales de figuras seleccionadas en un período de cuatro siglos. Va lentamente descubriéndonos las palabras que, por volver constanteente a la obra de un poeta se convierten, no en simple "ritornelo" o en morbosa idea fija, sino en clave para una interpretación psicológica, en ojo de la cerradura para que atisbemos la parte de alma que el poeta creyó guardarse para sí.

El estudio dedicado a San Juan de la Cruz, que va a la cabeza del libro, es sin duda el de más aliento, aunque, para un tema semejante, se nos antoje corto. Todos los ensayos que componen esta obra lo son; en todos, como en no pocos de Ortega y Gasset, echamos de menos la continuación. Como si el autor hubiese querido también reservarse algo para sí mismo, como si hubiese querido dejar al lector en libertad de interpretar.

Un poco excesiva nos parece la afirmación que hace refiriéndose a Rubén Darío: "Hoy, al releer su obra, se tiene la convicción de que ningún poeta español antiguo ni moderno le alcanza en altura, en amplitud y variedad, en forma expresiva, en calidad verbal, en sabor y luz, en color y misterio". Juan Ruiz y Garcilaso, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Góngora y Lope, Juan Ramón y Antonio Machado no han alcanzado nunca tan hiperbólico pedestal.

Paulita Brook

MADRID.- Biblioteca Nacional: *Décadas de Tito Livio.*

"NADA", novela — Carmen Laforet — Premio Eugenio Nadal 1944 — Ediciones Destino.—Barcelona, 1946.

"NADA" es una novela cabal. En tono, en estilo, en desarrollo. Un libro escrito con prosa directa, sin adornos, con poética precisión en ocasiones, que se ocupa de unas vidas rayanas en lo anormal, que no acaban de descifrarse, dejando al lector un amplio margen de hipótesis. Barcelona, la ciudad que se vé a ráfagas; una calle, la de Aribau, que se concentra en una sola casa de fétido ambiente; personajes de veraz contextura que entrechocan sus cerradas pasiones.

No es imputable a la joven autora que el medio a su alcance, y que nos transmite con tal penetración que se apodera de la sensibilidad, no dé más de sí. Porque aquí no hay chispas de sublimidad, ni ese hondo rumor de pueblo que al ensanchar y proyectar el egoísmo lo cambia de condición. Ella debe reflejar, y lo cumple con pasmosa justeza, lo que la rodea: pequeños mundos humanos, desquiciados, dolorosos, que si albergaban potencialmente la decadencia, la guerra —y su sordo eco— aceleró el proceso mortal. Carmen Laforet —en esta pesquisa estremecida de una familia, sin más enlaces exteriores que el roce con ciertos círculos universitarios y pseudobohemios o con retazos de la alta burguesía catalana— sufre y hace sufrir... Nos sumerge en una atmósfera ingrata, cortada a cercén de la otra, de tipo general.

Aparentemente, la acción pudiera ocurrir en cualquier lugar de España en fecha indeterminada. Sin embargo, la seca emoción que anuda los sucesos, la vacía angustia que se trasluce en una descripción, el "no sé qué" del ánimo torturado que sirve de cámara obscura, la misma rigidez de las conversaciones, su indecisión idiomática, revelan a la Barcelona de hoy y al régimen franquista, bajo el cual se agostan tantos finos espíritus. Siempre es desconcertante que una escritora de veinte años destile áspera madurez. Carmen Laforet consigue una obra de cuerpo entero, articulada, de indiscutible talento, pero sin brisas —que son fenómenos a la vez íntimos y sociales— que la oreen. Al menos, esta es la impresión final que produce. Y también el temor de que sus fuerzas lleguen a malgastarse. Que el arte, la maestría, no lo son todo.

Aún es aventurado fijar paralelismos. Entre Cela y ella, por ejemplo. Menos pulida, más recia y audaz, Carmen Laforet —que se ha formado en Canarias, Barcelona y Madrid, lo que no es un azar en la determinación de su obra— se afirma como una gran novelista. En su acepción española de actualidad, "NADA" es una fórmula de desesperación creadora. Lo demás —continuidad, circunstancia, valiosos horizontes de inspiración—, problema de tiempo.

M. A.

JARDIN CERRADO. — Emilio Prados. — CUADERNOS AMERICANOS. — México, 1946.

Sería tarea harto difícil, pretender analizar en breve nota bibliográfica poemas de emoción tan inefable como los que ha publicado Emilio Prados, bajo el título de JARDIN CERRADO. Mas es tal el mérito del libro en sí, tan verdadera su poesía, que fuera imperdonable no señalar su presencia, siquiera sea de manera concisa.

Ciertamente que este libro de Prados, poeta de sensaciones recónditas, no es para gustado por gentes afanosas de tal o cual motivo, ni para quienes sumergidos en la amargura colectiva en que vivimos, olvidan la suya propia, esa amargura subjetiva por la cual Prados vive, respira y... hasta lucha. Porque también lucha, y lucha para defender su intimidad siempre triste y mansamente desesperada y el derecho a escarbar en el misterio, a hundirse en él, a abrazarlo en profunda soledad "que noche a noche va edificando" o como diría el divino San Juan: "Desierto inmenso que es tanto más deleitoso, sabroso y amoroso, cuanto más profundo, ancho y solo..."

Y la Muerte. He aquí la musa permanente del poeta, "jardín cerrado" según él, y motivo de su canto. Diríase que es una especie de coqueteo con ella, pues que la siente, la llama, la desea o le muestra indiferencia. "Muerte, tan cerca te escucho —y, a mí, tan lejos me veo, que pienso que quizás viva— porque ya ni te deseo..."

Y a lo largo de todo ese cantar que le ha nacido a Prados en el corazón y en las márgenes de su angustia, se nos comunica esa especie de filosofía intuitiva que da unidad a los poemas y que por otra parte es tan característico de lo español genuino. La aceptación total de la muerte o como si dijéramos su resignación. Resignación ante lo que no puede evitar. "Estoy sintiendo tus pasos —en los bordes de mi cuerpo— pero bien puedes pisarme—que, a tu pie, yo no le temo".

Claro que en JARDIN CERRADO no hay una renuncia entera a todo lo que no sea la línea fundamental fijada por la inspiración, ni tampoco se resigna a ese lirismo pesimista o a ese afán voluptuoso de descubrirse a sí mismo con angustia y bienestar a un tiempo, sino que su sensibilidad reacciona con fervor, y arde, se apasiona entre su "campo y más campo", arboledas, playas u olivares... como si siguiera aún bañándose en aquel tibio sol de la primavera de España. Y es entonces cuando estallan, botan y rebotan las palabras tiernas, sencillas y entrañables de sus canciones. Le aprisiona su paisaje, es su tierra que se le ofrece al goce con una nitidez tan clásica y un ritmo tan vivo y quieto y acompasado que no podemos menos de preguntarnos. ¿Cómo ha podido escribir Prados todo esto fuera de España? Porque lo demás sí, ha podido escribirlo aquí, trasplantado a estas tierras de América, aunque sumido siempre en sí, "en su alma, sueño y soledad marchita".

VIA DE L'EST de ANNA MURIA.— COLLECCIO LLETRES. — México, 1946.

La vida tiene en ocasiones, una gran fuerza misteriosa que se revela hasta en los detalles más mínimos. Y han sido estos detalles precisamente, los que Anna Muriá ha sabido captar en los siete cuentos que con el título del último, VIA DE L'EST, nos ofrece la colección Lletres.

Aparte de los rasgos de acertada penetración psicológica y de ciertos atisbos de esteticismo panteísta —como por ejemplo en la estampa de los AVELLANOS SALVAJES— puede apreciarse en todo el relato una intimidad deliciosa y tan rica, que a nuestro juicio constituye el principal factor de su encantadora amenidad. Una prosa fina, sencilla y con bastante sabor, realzan el interés de estas páginas en las que paisaje y personajes se complementan a través de una serie de recuerdos diáfanos y auténticamente humanos.

VICH.- Museo: *Tratado Canónico.*

HUESCA.- Catedral: *Actas del Concilio de Jaca*

En suma, que VIA DE L'EST, tanto por la pureza de su léxico escogido como por la penetración con que se ha escrito, puede y debe ser una de las aportaciones más estimables a la cultura catalana en el destierro.

María Dolores Arana

ISABEL LA CATOLICA — Por Luis Amador Sánchez — Ediciones COLI —México, D. F., 1946.

Este libro es de los que estaban haciendo falta en la América novecentista para orientar a los lectores de habla española sobre las verdades de la historia de España, en todo lo que va desde que murió Isabel la Católica hasta nuestros días. Y hacía falta un libro así porque quienes desean justificar un movimiento de bandidaje como una causa libertadora, han dado en lanzar una propaganda a base de falseamiento de lo más puro que ha tenido España hasta la república del 31: La ignorancia falangista, que olvida que la perspectiva histórica no les perdonará su crimen, como no se lo perdona la actualidad—si exceptuamos a los amigos sigilosos de Franco.

El profesor español Amador Sánchez dá una luz sobre los verdaderos destinos de España, cuya historia y justo porvenir se trunca con la muerte de Isabel la Católica, quedando traicionado su testamento y su pensar generoso con respeto a los destinos de su país.

Es el libro una valiosa aportación encaminada a demostrar que para seguir un ritmo de decencia nacional en la política ibera, se ha de tomar la vida española en el mismo punto en que la dejaron Fernando e Isabel. Y nada mejor que la República, pues esa maravillosa sangre de la escultora de la unidad nacional hace cuatro siglos que desapareció de las testas coronadas. Las dinastías extranjeras no le tuvieron cariño a nuestra España y se da el caso de que el espíritu de Isabel lo representan hoy los republicanos y no los monarcas que creyeron que España era una quinta de recreo o una consergería en donde se gobernaba con arreglo a las consignas forasteras. Exactamente como ocurre ahora, que por algo se levantaron en armas los traidores lacayos de quienes fueron ahorcados en Nuremberg.

Prueba también Amador Sánchez que Isabel la Católica era demócrata amada de su pueblo. Cita esta copla popular: ¡Pobre caballo blanco—el caballo de Isabel!—Anda loco procurando—a la dueña de su arnés!... buscando lo que ya no encontró más. El poeta vulgar que cantó al corcel huido, predijo la historia de España hasta hoy. Nosotros creemos que la República había encontrado el corcel de la democrática Isabel y lo había cogido de las riendas, pero con tan débil energía que se le volvió a escapar...

El libro de Amador Sánchez es, además, desde el ángulo de la literatura, una biografía excelente que colma las exigencias del género: amenidad y documentación. Y es doblemente digno de aplauso el trabajo si tenemos en cuenta que está realizado lejos de los Archivos y de las fuentes originales, en donde se hallan los más valiosos y definitivos documentos. Lejos, en una palabra, de la patria de la reina y de su biógrafo.

I. E. Calleja

POESIA EN EL DESTIERRO

¡Pueblos Libres!

¿y España?

LLEGO la paz. Llorando reverdece
el arrancado olivo en los hogares.
Del corazón agónico amanece,
sube la vida a borbotón, a mares.
Desmantelada sube, sacudida.
Pero es ella otra vez. Ella: la vida.

La vida para todos los más buenos,
restitución de los perdidos soles.
La vida hermosa para todos. . menos
para los combatientes españoles;
que la muerte de perros amarillos
aún les hinca en el alma sus cuchillos.

Miradla allí. La muerte está en su casa.
Oye un ciego reloj de horas desiertas,
y hay muchas calles donde nada pasa
porque ya nadie puede abrir sus puertas.
Cuidad que ni una sombra se despierte
en esa triste casa de la muerte.

Llegó la paz. Y todos los caminos
son de regreso para el hombre. Canta
la semilla en los surcos matutinos;
el sol de los escombros se levanta.
Paz a la mar, los cielos y la tierra.
Y al español, destierro, cárcel, guerra.

¿Qué queréis? El mundo se sonroja
con rubores de sangre todavía.
El árbol español cae hoja a hoja,
que un viento impele al mar de cada día.
Mas a pesar de tanto abatimiento,
su tronco no está solo con el viento.

Manos insomnes, pechos repentinos.
En las nieves que vedan la montaña,
anhelantes leones clandestinos
y un toro suelto ardiendo por España.
¡Sagrados héroes, santas servidumbres,
guerrilleros del frío y de las cumbres!

Por sed la luz, la noche por escudo,
la inaudita sorpresa por empeño,
por toda ropa el corazón desnudo,
la libertad por desbocado sueño.
Que no estás sola, no, que por ti brillan
banderas que a tu nombre se arrodillan.

¡Oh, banderas ocultas oh, lejanas
banderas que tus hijos derramados
mueven como un redoble de campanas
contra los ojos de la ley cerrados!
¡Oh, banderas errantes! ¡Oh, banderas,
resplandor de las auras guerrilleras!

Y mientras allí mueren, aquí estamos,
pero aquí como allí permanecemos,
y el precio de la deuda que pagamos
nos lo deben, que a nadie lo debemos.
¡Oh, vergüenza! ¡Oh, tortura! ¡Oh, gran
castigo,
pagar en bien el mal del enemigo!

¿Quién permitió esas luces inocentes,
esas mínimas caras, desveladas,
esas pequeñas flores transparentes
tras los alambres del horror clavadas?
¿Quién sentenció a morir la primavera?
¿Quién la mató y la puso prisionera?

Llegó la paz y para el niño alumbran
otra vez las estrellas peregrinas.
Torres los ojos de la mar vislumbran,
arboledas de luz y golondrinas.
Pero el niño español tan sólo advierte
los cometas del hambre y de la muerte.

¿Qué oscura mano helada le aprisiona?
¿Qué maldición sobre sus hombros pesa?
¿Qué desdicha sin fin le desmorona?
¿Qué espada consentida le atraviesa?
¿Por qué tiene la paz, la paz querida,
la brisa de sus alas recogida?

¡Pueblos del mundo, pueblos! El poeta
hoy ya no canta, grita enfurecido.
No hay paz, no hay paz, no hay paz en el
planeta
si el corazón lo tiene ensordecido.
¡Pueblos libres! España no está muda.
Sangra ardiendo en mi voz. ¡Prestadle
ayuda!

Rafael Alberti

★

Un Español Habla de su Tierra

Las playas, parameras
al rubio sol durmiendo,
los oteros, las vegas,
en paz, a solas, lejos;

los castillos, ermitas,
cortijos y conventos;
la vida con la historia
tan dulces al recuerdo,

ellos, los vencedores
caines sempiternos,
de todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.

Una mano divina
tu tierra alzó en mi cuerpo
y allí la voz dispuso
que hablase tu silencio.

Contigo solo estaba,
en ti sola creyendo;
pensar tu nombre ahora
envenena mis sueños.

¿Cómo vive una rosa
si la arrancas del suelo?

Amargos son los días
de la vida viviendo
sólo una larga espera
a fuerza de recuerdos.

Un día, tú ya libre
de la mentira de ellos,
me buscarás. Entonces
¿qué ha de decir un muerto?

Luis Cernuda

¡Raposa!

Lord Duff Cooper: España,
aquí, en vuestro mercado,
aquí, en vuestra asamblea,
ya no tiene ni voz.

Y su Historia,
su pasión,
sus gritos encendidos,
sus denuncias de sombra,
sus demandas de luz,
sus ofertas de sangre,
sus pleitos de justicia,
y su locura crucificada,
¡no valen la vida de un marinero inglés!
¿Lo habéis oído?
Yo lo he oído: "¡No valen la vida de un marinero inglés!"
¿Lo habéis oído vosotros?
Lo hemos oído todos, Lord Duff Cooper.
Todos. Estad tranquilo...
Vuestras palabras no se pierden.
Las han oído las estrellas también.
Pero yo digo
que el mundo no es del mercader.
(Porque están en el puente
el groupier y el go-getter
y mueve el gobernalle aquel matón.
¡Abajo! ¡Abajo, jugadores tramposos!
¡Que la nave la lleve el capitán!)
El mundo no es del mercader
ni del guerrero
ni del arzobispo...
El mundo, —esta sombra encadenada y pestilente
— será...
de quien lo redima.
¡de quien lo redima!

.....

Inglaterra,
eres la vieja raposa avarienta,
que tiene parada la Historia de Occidente hace
mas de tres siglos,
y encadenado a Don Quijote.
Cuando acabe tu vida
y vengas ante la Historia grande
donde te aguardo yo,
¿qué vas a decir?
¿Qué astucia nueva vas a inventar entonces para
engañar a Dios?
¡Raposa!
¡Hija de raposos!

.....

¡Vieja raposa avarienta,
has escondido,
soterrada en el corral,
la llave milagrosa que abre la puerta diamantina de la Historia...
¡No entiendes nada y te metes en todas las casas
a cerrar las ventanas
y a cegar la luz de las estrellas!
¡Y los hombres te ven y te dejan!

.....

Vieja raposa avarienta,
eres un gran mercader.
Sabes llevar muy bien
las cuentas de la cocina
y piensas que yo no sé contar.
¡Sí sé contar!
He contado mis muertos.
Los he contado todos,
los he contado uno por uno.
Los he contado en Madrid,
los he contado en Oviedo,
los he contado en Málaga,
los he contado en Guernica,
los he contado en Bilbao...
Los he contado en todas las trincheras;
en los hospitales,
en los depósitos de los cementerios,
en las cunetas de las carreteras,
en los escombros de las casas bombardeadas,
(resbalando en la sangre,
tanteando en las sombras y en las ruinas).

León Felipe

Fragmentos del Poema Trágico Español.
—EL PAYASO DE LAS BOFETADAS Y EL PESCADOR DE CAÑA—

★

Aquí no Llora Nadie

Aquí no llora nadie.
Las madres en España van vestidas de negro
y cubren sus cabezas con pañuelos obscuros.

Aquí no llora nadie.
Las novias en los pueblos comen un pan moreno
y pisan en pequeño lo mismo que los hombres
cuando van tras los bueyes por el flaco terreno
dirigiendo con mano firmísima el arado.

Aquí no llora nadie.
Por los míseros montes se desgrana la tarde
y un niño con descuido de hombre grave
conduce rebaños reducidos a escuálidas ovejas.
Más allá
tras los cerros
ronca y siniestramente la muerte permanece.
El ansia entre dos luces
va fingiendo descuidos con menudos quehaceres
mientras humildemente las vecinas escuchan
con un silencio lleno la voz grave de un viejo
sus noticias severas.

Aquí no llora nadie.
Los hijos y los novios
hermanos y maridos
los hombres que se visten con género de pana
y tienen la piel dura de sol y vendavales
se van y se despiden y forman batallones.

Aquí no llora nadie.
Se van sencillamente.
Nadie. No. Nadie.
Que lloren otros pueblos su libertad perdida.
Aquí las hachas talan dulcísimos pinares
y clavan los martillos los féretros desnudos.
Que otras mujeres lloren por sus maridos vivos.

Para los hombres muertos
hay silencio en España
y un silencio mordido
y un esperar callado
y un campo de batalla sobre sus sucesores.

Que rompan los pañuelos
que los rasguen en tiras blanquísimas de hilo
que los ciñan bien frescos a la herida caliente
o que cubran con ellos
la muerte prematura de ese joven soldado.

Aquí no llora nadie y el corazón domina,
y si se vierte sangre
las lágrimas se ahogan por la noche en silencio
contra la dulce almohada
bajo la espesa niebla de un presagio nocturno.

Aquí no llora nadie.
Aquí la muerte pierde.
Aquí se alzan los pueblos
con sangre a borbotones.
Y aquí se muere a golpes rudísimos de plomo.
Aquí no llora nadie.

Arturo Serrano Plaja

(Este poema ha sido proporcionado por Pituka de Foronda)

Dibujos de,
ANTONIO RODRIGUEZ LUNA

Sólenos Escritores ★

DIARIO DE UN ADOLESCENTE

POR

A. Fernández Pascual

12 de Septiembre: He recibido carta de mi madre. En esta no hay esa series de consejos que tanto me desazonan, ese machaconeo de advertencias y recomendaciones que, a seguirlas, no dejarían suelto ni un hilo de mi vida. Esta la he sentido tierna y dulce con una caricia, con cierto respeto hacia los diez y ocho años que acabo de cumplir. "Ya eres un hombre, me dice, pero yo no acabo de creerlo". Todo su afán es que la carta llegue a tiempo, en la mañana misma en que dé yo ese salto imaginario de una a otra cifra, tan pequeñas aún para mí, tan grandes para ella que me querría siempre niño.

Sin saber porqué, este papel moreno, lleno de su letra pequeña y tierna, como doblada de sufrimiento, me ha puesto triste. He querido recordar su cara y la siento perdida en una lejanía de nieblas donde se confunden mis recuerdos. Sólo sus ojos, o mejor aún, su mirada, está presente en mi memoria, pero a veces dudo si no será invento, imaginación mía más que recuerdo verdadero.

Y lo extraño es, que mi paisaje de infancia, aquella plazoleta con acacias, aquellas casas viejas, torcidas, como apoyadas unas en otras, y aquella tapia de las Clarisas enjalbegada y llena de enredaderas y geranios, están en mí como una estampa fresca recién impresa en la memoria.

Estos son mis únicos recuerdos sobre España, estos y aquella mujer tirada como un saco en medio de la calle, que se quejaba debilmente mientras iba vaciándose de sangre. La ví cuando salíamos de un refugio, después de un bombardeo, la tarde en que me llevaron a despedirme de tía Agueda, que quería verme la víspera de mi salida para México. Tía Agueda se pasaba la vida en un sillón de ruedas, que recuerdo, así como sus manos pálidas y largas, afiladas; pero eso es todo, porque su cara se ha borrado también de mi memoria.

15 de Septiembre: Ayer terminé "La Vida de Don Quijote y Sancho" de Unamuno. Lo he leído penosamente. No lo entiendo bien y eso me encoragina, pues debe ser mía la culpa. Don Emilio me dijo que debía leerlo y releerlo para ir entrando en la manera de ser de España. Ahora estoy con Azorín, con su "Castilla", y este sí me gusta, casi diría que me apasiona, porque leyéndolo, me ocurre que me parece que recuerdo, y que todo aquello lo he visto antes y sale de mí y no de las páginas que tengo entre las manos.

19 de Septiembre: Hoy he paseado con Aurora. Se marcha a España reclamada por sus padres. Está muy triste, tanto como yo, que al despedirnos he sentido como si algo se me rompiera dentro. Dice que irá a ver a mi madre, que me escribirá mucho, y que espera que yo pueda ir pronto... La verdad es, que por unos momentos he deseado irme también, que sigo deseándolo a pesar de Franco... Ahora pienso, si no será que ella.. ¡Cualquiera sabe! Desde hace una temporada todos mis sentimientos son confusos, tumultuosos, y no como antes que todo me parecía claro y sencillo, amable como una postal iluminada.

Ya hasta la política me preocupa. ¿Qué hacemos aquí? Los mayores no hacen más que reñir entre ellos. Yo odio a Franco porque ha matado a mi padre, porque creo en la Libertad, porque aborrezco la injusticia, pero, ¿qué hacemos aquí, si todo el tiempo se nos va, o se les va, en hablar mal los unos de los otros? ¿No sería mejor hablar menos y hacer algo? ¡Cualquiera entiende a los mayores! Y es que me ha entrado una prisa tremenda por volver a España. Debe ser por Aurora, porque en ella pienso como no he pensado nunca en mi madre, y debiera darme vergüenza..

PAISAJE

COLOR de muerto en la calle.
La lluvia sobre las piedras.
Color de muerto en la lluvia.
La callejuela desierta.
Canta una canción sombría
la callejuela del pueblo:
canción de tristeza y llanto,
canción de color de muerto.
La farola de la calle;
retorcida, pedregosa,
aún no ha encendido su luz:
canta a muerto la farola.
Se oye un silencio de muerto
en la tortuosa calleja;
la lluvia color de muerto,
color de muerto en las piedras.
Una luz dando traspiés
viene y va, vuelve y se aleja.
Se oye el canto de la luz,
canto de alborozo y pena.
Color de muerto en la luz.
Cantar de muerto el cantar.
Muertos pasos del sereno
que ronda por el lugar.
En una esquina el borracho
alegrillo, viene y va.
Color de muerto en la luz.
Cantar de muerto el cantar.

Se oye un silencio de muerte
en la tortuosa calleja.
Cesa en su canto la lluvia
al chocar contra las piedras.
La callejuela del pueblo,
pedregosa, retorcida,
calla en su silencio mudo.
Meditación, agonía.

Luis Rius Azcoita

El Hombre de los Muñecos

POR

Juan Espinasa

"CIUDAD", ASI ENTRE DIENTES, QUIERE DECIR TRAGEDIA ANONIMA, DOLOR SIN VOZ. ESTA TARDE, POR EJEMPLO...

. . . . . .

—Pero Laura, hija... ¿qué te pasa?

Con la carita contra la falda de su mamá, la niña no contesta. Hay un revuelo de bucles rojos...

—¿Qué te pasa criatura? ¿Por qué te asustas?

Iban a entrar en un cine —uno de tantos cines para niños donde acaparan el cartel los dibujos animados de Walt Disney— y aquel hombre monstruoso apostado en el fondo del vestíbulo se le clavó en la retina con la brusquedad de un relámpago. Lo había mirado. Feo, grotesco, deforme la mitad del rostro e inmóvil la única pupila sana, parecía complacerse en golpear el suelo con su pierna de madera.

—Tip... tap... Tip... tap...

Junto a él, colgados de un palo verde que sostenía contra el suelo, se balanceaba la más abarrigada mezcla de muñecos multicolores. De cartón, de trapo, de madera...

—Tip... tap... Tip... tap...

Es el hombre de los muñecos. El hombre que vende títeres en la puerta de los cines infantiles. Su locura son los niños, pero los niños, al verle, se asustan y huyen.

¡Parece el "coco"!

Su vida —comenta a media voz la florista de la esquina— es sinónimo de fatalidad: Una mujer, la suya, que se extingue al dar a luz... el terrible incendio del barrio de San Jerónimo... su único hijo —dos vidas en una— muerto en el hospital a consecuencia de las quemaduras... Dicen que fué allí, cuando quiso salvarlo, que se le quemó la cara, perdió el ojo derecho y tuvieron que amputarle una pierna. Fueron horas de infierno...

Pero nadie lo sabe como él.

—Tip... tap... Tip... tap...

Balancino, aferrado al aparador ambulante, el hombre se aleja. Huye de la niña de los bucles rojos, que no ha sido la primera en asustarse, pero él sabe, lo sabe muy bien, que volverá, volverá siempre...

Y si le viese ahora su Ramoncín... ¿se asustaría? Tendría ya siete años. Era rubio como el sol de la tarde y una gran inteligencia le brillaba en la mirada. ¿Se asustaría? Cuando murió, cinco años atrás, los ojos se le vidriaron y un sudor opaco le humedeció las comisuras...

¿Se asustaría?

—¡Hola!

El hombre se vuelve.

—¿.....?

Junto a él, muy bien vestido y con pícara expresión en el semblante, un hermoso chiquillo le está tironeando de la americana. Rubio. Iluminado. Igual que Ramoncín.

—¡¡.....!!

La mirada transparente de dos ojos azules se hunde en la opacidad de una pupila gris. El niño, con ademán desenvuelto, sin manifestarse atemorizado en lo más mínimo, le señala a uno de los muñecos: un patito rojo con los ojos de cristal coloreado.

—¿Me lo das?

—¡Ramón!

—¿Eh? ¿Me lo das?

—¡Ramoncín!

—No, no me llamo así... ¿Pero verdad que si me regalas el patito? Yo, ¿sabes?, soy muy rico. Pero mi dinero lo tiene un señor horrible que he dejado en la puerta del cine con dos palmos de narices. Siempre que puedo, me escapo de él. ¡Ja, ja, ja!... Es mi ayo. ¡Feo como un sapo!

El hombre de los muñecos ya no oye

(Pasa a la pág. 15)

El Enigma de Tasirta

-Cuento-

por Jesús Bugeda

ESE era el cuarto, el pequeñísimo cuarto en que vivía: el de las cuartillas. No había otro, no podía confundirse.

Cementerios de papeles, estantes oprimidos de libros verdes, grises, rojos; todo amontonado, todo sucio.

En un rincón una pequeña cama, una camita rota con las sábanas partidas. Una mesa mutilada y triste y una silla completamente destrozada, sin patas, sin respaldo, sin asiento. Sólo quedaban de ella unos vestigios lejanos de su pasado glorioso. ¡Cuando era joven! Una alfombra de hojas blancas adornaba la habitación, dos cuadros rompían las paredes, y una mesa chica, también algo rota. Era todo...

◈

Aquel hombre estaba convencido de su inutilidad, se había ido creando un ambiente de tristeza. Entre los cementerios de papeles y la alfombra de hojas blancas se respiraba amargura.

Sus descalabros continuos, su vida impregnada de fracasos, le formaron una mente decepcionada, ajena al bienestar espiritual que produce el triunfo. Ese anhelo de éxito, amontonado, creaba su pobre clima anímico.

Y al rebelarse, él mismo apagaba sus gritos, pensando ya en el desastre. Y viendo todos los intentos inútiles, llegaba a conformarse.

¿Qué podía hacer él? Nada, absolutamente nada. ¿De qué le había servido luchar? ¿Para qué matarse queriendo cantar un triunfo nunca venido?

No, ya sabía que todos sus esfuerzos serían estériles.

¡Cuántos sufrimientos pasaba al quererse rebelar! Y ¿para qué ese martirio? Tomaba la vida ya con tanto desprecio que poco importaban los pensamientos. Resignarse sin protesta era defenderse de él mismo.

Cuando al pensar, se abismaba en los profundos estanques de la inconsciencia, absorto, loco, callaba, mordiéndose los labios, apretando los puños. Pero callaba...

Lo mejor es entontecerse como un bruto, ensuciarse el pensamiento cerrándolo. Tirarse en la nada, ahogando ideas.

¿De qué sirve la inteligencia, si sólo le traía martirios?

En el fondo era un artista y un hombre sin voluntad.

Hubiera llegado a ser alguien si sus obras inéditas fuesen conocidas. Pero su cobardía lo aterraba tanto que sólo podía llorar sobre sus papeles, gritando:

"Valor... valor... Dios mío, dame valor".

Pero el valor escapaba de su prisión.

◈

Y la culpa la tenía ese maldito editor sin escrúpulos. Aquel verdugo de la pluma que se apoyaba en los libros para alcanzar la fortuna.

En realidad no era un editor sino un simple fabricante que no podía entender el arte. Con la sensibilidad rota es imposible distinguir el verdadero valor de las cosas. Para él los libros no eran más que una mercancía cualquiera a la que debía su existencia, y no se fijaba en su contenido. ¿Para qué? No era necesario un libro magnífico; con que admitiese muchas ediciones bastaba. Aquel que se vendía más era el mejor, aunque el verdadero estuviese pudriéndose en el **ángulo obscuro.**

Un día, enseñándole el negocio a un amigo, dijo:

—¿Ve usted? este es el mejor libro.

—¿Este? No puede ser, si ni siquiera el autor es conocido.

—No importa, es el que se vende más.

◈

Y nuestro escritor no quería comprenderlo. Así, que el pobre comerciante siempre era el causante de todas sus desgracias.

El le pagaba por escribir lo que más gustaba al público: temas superfluos y escabrosos, pues para vivir, llegó a bajar hasta a la pornografía.

Pero si dejaba de hacerlo no podría comer.

◈

¡Claro! Así, ¿qué recurso le quedaba?... Se lo dijo él.

—Vamos Tasirta, no sea tonto. Usted necesita ser más práctico. Eso que usted escribe a escondidillas no es más que perder el tiempo. ¡Práctica, mucha práctica, amigo mío! Es lo único que hace falta en la vida ¡Mucha práctica y el triunfo será suyo!

Y tenía razón, aquellas tonterías estaban escritas a escondidilla, aquello estaba escrito sigilosmente, a espaldas de sí mismo.

Hasta el mismo tendero, Don Fulgencio, el bueno de Don Fulgencio le habló:

—Eso es sentimentalismo cursi, amigo; si no despierta usted va a terminar mal, muy mal. Se lo digo por su bien, Don Rafael, deje de hacer eso.

◈

Pero Don Rafael no dejaba de hacerlo, eso no; que siquiera le dejasen, para él solo, para él nada más. Y para llenar el cajón de sus obras inéditas, sus verdaderas obras... ¡Que le dejasen!

Y lo dejaban.

◈

Tasirta estaba agotado, no podría aguantar más. Su paciencia, como todas, era limitada y las humillaciones le pesaban ya demasiado.

"Qué imbéciles", dijo.

Sin embargo, esos cuentos. ¡Esos malditos cuentos! Los tenía que seguir escribiendo para que los leyesen los niños, para que gozase el editor, el hombre ajeno a todo, menos a una cosa, a lo más grande: el dinero.

"¡Maldito sea el editor! ¡Maldito sea todo y... él!"

◈

Había intentado independizarse, pero era nútil. No podía hacer más que aquello que se le exigía. El fabricante, como todos los fabricantes, era cruel y sólo velaba por sus intereses, sin importarle los procedimientos y los recursos que empleaba para conseguirlos. ¡Lo importante es crearlos!

Y por si aun fuese poco, él arreglaba conforme a la mentalidad popular, sus obras. Huyendo los últimos resquicios de sensibilidad del pobre Tasirta.

◈

Aquel estado era inaguantable. La independencia era su salvación. Pero, ¿cómo?, si su cobardía lo empujaba a la resignación. Y sus gritos de rebeldía no llegaban a escapársele de la garganta.

¿De qué servía todo? ¿Para qué vivir así?... ¿El suicidio?...

◈

Llegó el día, el triste día para Tasirta, en que no pudo más. Todas las gotas de aquellos años lo hicieron desbordarse. Eso era tan terrible. Es tan terrible luchar contra uno mismo, que por fin venció. ¡Ya todo se había acabado! ¡Todo! Desde el editor hasta el alimento, el cuarto, los libros. ¡Todo!

Por la tarde, cuando tenía que verlo, fué. Sí, fué; pero no a entregarle un cuento...

Subió a su despacho, abrió la puerta y dijo:

—¡Cerdo!...

Y le dió una bofetada. Después salió.

El editor se quedó atontado, no tenía ni sabía qué pensar. Y con la boca abierta se le quedó mirando hasta que lo perdió de vista.

◈

¿Era posible? ¿Qué había pasado? Don Rafael estaba también aturdido. No se explicaba lo que le ocurrió. ¿Qué era aquéllo? ¿El producto de leer libros? ¿El resultado de escribir sus sentimientos? ¿La culminación de su paciencia?

Nada, absolutamente nada, pero no se vendería jamás.

El valor, por fin, acudió a él.

◈

Don Rafael pasó días de infierno. La patrona vino innumerables veces a re-

(Pasa a la pág. 15)

Enrique Climent

EN TODO artista legítimo se manifiesta a su "modo", por su "estilo", el interno fuego, ese delirio que exalta la vida, que la convierte en susceptible de emoción y transcendencia. Unas veces es el dramático estallido, otras un lírico parpadeo, la angustia desnuda. O el cultivo ferviente de las formas de expresión, en que las pasiones se disciplinan, fluyendo con despaciosas gotas ardidas, que no burbujean.

La pintura de Enrique Climent es deliberadamente sencilla, elude en su resultado las complicaciones. A fuerza de objetividad, de plástica exactitud si queréis, puede parecer hermética, como un mundo aparte, no tostado por el sol, sin ventanales por donde se abra paso un violento aire que lo sacuda. A manera de una realidad que tiene en sí fin y principio.

Pero esta impresión engañosa, provocada por el vicio "moderno" de contemplar torsiones y símbolos apretujados, extravío en la proporción, estridencia de volúmenes, se rinde pronto ante su deseo estético de limpieza y verdad. Basta dialogar —calladamente, hondamente, gracias a una relación entre cuadro y espectador que surge gozosa— con uno de sus últimos paisajes, con un simple camino, menudo y encantador, en que los árboles se agrupan justamente, con esbeltez precisa, con poética esfumación de hojas y ramas, en tres suertes de tierra con un común denominador de aúreos tonos castaños. Después, un gran telón de cielo, raspado en su metálica urdimbre por armónicas ligeras variantes de blancos, enmarca un recuerdo de Avila. Más adelante, una hondonada, una campiña en armazón de caracola, con apenas un jirón de firmamento, infunde en el ánimo una sensación de profunda incógnita, como si la Naturaleza comenzara a desvelar un pliegue tan sólo de su espíritu misterioso.

Y esta pintura, que desdeña lo chillón, que es la negación del énfasis, que se afinca en un propósito rudo de artística pureza, plantea un semillero de problemas. Tan cabal de revelaciones, tan inquietante en su secreto.

Climent, un levantino, y por tanto inclinado a la exuberancia del color, al desbordamiento sensual, a la profusión imaginativa, produce obras severas y medidas de intención, índice de mental seguridad. ¿Es que lo mediterráneo no ejerce en él una influencia determinante? ¿Es que la riqueza de luz, en que existió y se constituyó, no ha dejado su rastro omnipotente?

De nuevo, es el origen el que aclara la contradicción. En la fusión de sangres, de huella histórica, de geografías, ¿No predomina la moral aragonesa de sus antepasados, su sentido austero, aunque le quede del mar el gusto por el dulce tratamiento de la humana figura, el escape vagamente cromático que se domina a punto?

No refleja Climent esa obsesionante y directa añoranza de España que se aprecia en la generalidad de los pintores emigrados. Sin embargo, su método es de recia calidad castiza, atenido a la noble trayectoria de los maestros; su esmero de ejecución, su anhelo de fidelidad a las cosas y seres que le sirven de motivos, la tensión autocrítica, el redondeamiento del detalle, su cuidado del conjunto, acusan su firme contextura nacional, sin mácula de exotismo.

Estamos ante una pintura avida de su propia dignidad, que se ciñe —humilde, orgullosa— a los límites estrictos del género, que no descubre una tacha de flaqueza o de mixtificación. Inspirada, y más aún orgánica, se decanta casi en absoluta a la inmovilidad, estremecida de fondo, grave de superficie, con ambición de espacio recogido, de firme presencia.

Así, el alma nutre de su savia colores, gestos, instantes, inserta su palpitación en un paño, en el dejo de un hermoso cuello femenino, en el curvear de una senda, en el vientre de una guitarra. El retrato —su máxima dedicación ahora— es elegante y cordial, lejanamente melancólico, de penetrante delicadeza; el paisaje, un plasmado latir de vientos y raíces.

MENTIDERO CORTESANO

- La Picaresca Española de Calzón Corto y Espadín -

por

Antonio Suárez Guillén

PRINCIPES de la fabria y de la gallofa, que del arroyo ascendieron al retablo de las letras por la mano de Quevedo, Alemán, Hurtado de Mendoza y Espinel, toman el hábito de cortesanos al expirar el siglo XVIII. Pero si antes majas, toreros, aristócratas y gentiles-hombres- incluída la Real Familia—forman el telón de fondo de una corte tan pintoresca como desventurada—de la que sólo se salva el genio satírico de Goya, que fué el fotógrafo de la época—no es hasta Fernando VII, cuando se consagra la fusión o confusión de las jerarquías sociales a la sombra del Soto de la Florida en las reuniones del propio Deseado con el duque de Alagón, el cantador Birlocho, Pepe el aguador y Lola la Naranjera. Es entonces cuando comienza a formarse esa aristocracia, de la que dijo Cánovas del Castillo que: "El que no le había comprado el título al Padre Santo, se lo debía al fruto ilegal de alguna castañera con un negrero enriquecido".

Vamos a partir de esa fecha—para no hacer la historia muy larga—y de ella ofreceremos a ustedes algunos cuadros cortesanos, que bien ganado tienen el título clasificativo de "borbónicos". Son cuadros que la pudibundez de la Historia u omitió o colocó al revés para no alarmar al pobre pueblo español, pero que, sobre no carecer de amenidad, pueden ser en parte explicación de algunos acontecimientos. Recordemos la sentencia del francés, que escribió: "Si Josefina no hubiera sido tan complaciente con algunos personajes del Directorio, es posible que hubiera sido otra la carrera de Napoleón".

Sin orden y como vayan saliendo los traeremos aquí, extraídos principalmente de aquellas reuniones del pasado siglo, que justamente fueron llamadas "el mentidero cortesano", quizás porque a ellas se trasladó toda la granujería que antes platicaba en las gradas Pepe el aguador y Lola la Naranjera. Y este mentidero es tan español que no pierde su carácter ni hasta cuando un sinvergüenza de periodista, tan inteligente como mala persona, disfrazó su auténtico patronímico de Manuel Delgado Barreto con el disfraz de "Don Felipe del Mamporro y de la Sonrisa".

Porque galantería obliga, siempre que podamos, cederemos el sitio a las damas, flor de amenidad en aquellos mentideros y que han conservado ese carácter de "mentideros, desde la de Squilache hasta Emerita Esparza y desde la de la Laguna hasta Mimí Castellanos, pasando por la de Durcal, la de Santoña, Olimpia d'Avigny, Carmen Moragas y la Caoba.

Un próximo ascendiente mío, Mariano Guillén, redactor de "La Epoca" desde 1880 hasta 1910, dejó sin publicar unos recuerdos, que luego he visto recopilados en un libro que el marqués de Lema presentó al público en 1930 con el título de "Mis recuerdos (1880-1901)". De aquellos recuerdos de mi pariente y del marqués de Lema vamos a extraer la figura de una aristócrata, digna por todos conceptos de la trompeta de la fama.

Era esa dama la condesa de Campo Alange, que casó muy joven con un general provecto, el marqués de Villacampo, quien, por muerte de un hermano en el primer sitio de Bilbao (1835), heredó el título de Campo Alange con grandeza de España. No debió durar mucho su matrimonio, pero sí lo suficiente para que la alegre condesa hiciera víctima de su veleidosidad a su esposo.

Cánovas del Castillo lo ha referido como escuchado en confesión de la propia condesa. El primero con quien engañó a su marido la de Campo Alange fué con el príncipe Luis Napoleon, futuro emperador de los franceses. Tal aventura transcurrió durante su luna de miel en Italia. Hallábase Napoleón en Roma, metido en conspiraciones con los carbonarios. Allí conoció a la Campo Alange y pronto las relaciones entre ambos fueron presa de los comentarios de la sociedad romana. Lo peor fué que también el marqués de Villacampo se informó de aquellos amores, sorprendiendo un día a la pareja. Reveló-se entonces el carácter del futuro Napoleón III, sereno, impasible, de una frialdad que se confundía con el valor. Aguantó impertérrito cuantos palos tuvo a bien propinarle el ofendido esposo y sólo tomó la iniciativa, cuando aquél volvióse con igual fiereza contra su esposa. Aprovechó ésta la contienda para escurrirse y buscar un refugio en casa del cardenal de Gregorio. El Papa Gregorio XVI, asustado del escándalo, hizo salir de Roma, en silla de postas a la condesa y desterró al príncipe, que no tardó en reunirse en Florencia con aquélla. El buen marqués acabó por perdonar y ambos regresaron a España.

Por cierto que esta historia fué conocida posteriormente por Eugenia de Montijo, ya casada con Napoleón III. Y cierto día, en que tenía sentado a su mesa al escritor Ventura de la Vega, en la villa que poseía en Biarritz, la emperatriz de los franceses preguntó al autor de "El Hombre de Mundo":

—¿Es verdad, Ventura, que usted también (recalcando el adverbio) conoció a esa persona?

—Señora, —replicó el poeta sin darle importancia— por no singularizarme.

Tal era su condición de mujer mal hablada, que su propia hija le censuraba ese lenguaje plebeyo. El propio Cánovas dejó contado que un día bajaban la hermosa escalera de la casa, que la condesa poseía en la calle de la Cruzada, llevando el propio Cánovas de su brazo a la condesa, y a su hija el que sería su marido. La madre se torció un pie al pisar en falso un escalón y al dolor que se produjo lanzó una interjección tan gráfica, que su hija le reprendió:

—Mamá, esas cosas no se dicen por una señora como tú.

—Niña, niña, —contestó la condesa sin inmutarse—. No es el sexto el único mandamiento de la ley de Dios. También está el cuarto.

Entre sus amistades ejercía cierto predominio, que se manifestaba en la tolerancia de su lenguaje. Al morir otra aristócrata, con la que había reñido, la dedicó este epitafio:

—No olerá muerta peor que olía viva.

Y parece ser que no estaban tan desprovistos de justicia sus juicios, pues era del dominio que la aludida, en efecto, era mujer escasamente cuidadosa de su limpieza. Y era conocida la anécdota del general O'Donnell en una reunión en San Sebastián, en la que se encontraba la epitafiada por la de Campo Alange, donde el propio general se dirigió a ella impertinentemente:

—Vamos a ver, Juana. Saque usted cuanto lleva en la faltriquera.

Y fué de ver como aparecieron un par de pañuelos sucios, unos botones.

(Pasa a la pág. 12)

Colaboradores de LAS ESPAÑAS

Rafael Altamira — Manuel Altolaguirre — Manuela Ballester — Agustín Bartra — José Bergamín—Pedro Bosch Cimpera—Honorato de Castro— —Ernestina de Champourcin — Antonio Del Toro — Juan José Domenchina — Alberto Folch y Pi — José M. Gallegos Rocafull — Juan D. Garcia Bacca — Ramón Gaya — Juan Gil Albert — Carlos Giménez—Mariano Granados — Rodolfo Halffter — José Herrera Petere — Benjamín Jarnés — Vicente Lascurain—Julio Luelmo—Leonardo Martín Echevarría — Paulino Masip — Concha Méndez —José Moreno Villa — Margarita Nelken — Alvaro Pascual Leone—Isabel de Palencia — José Puche — Juan Rejano — José Renau — Juan Renau—Antonio Rodríguez Luna — Adolfo Sánchez Vázquez — Luis Santullano — Antonio Suárez Guillén — Adolfo Vázquez Humasqué.

7 de NOVIEMBRE

Recordamos el 7 de Noviembre con emoción profunda, pero no creemos que sea momento de descansar sobre glorias, sino de trabajar por renovarlas.

El 7 de Noviembre, significa, como el 19 de Julio, la decidida voluntad de nuestro pueblo de abrir un nueva época en nuestra vida política. Significa un ejemplo de dignidad para quienes la tienen irremisiblemente perdida, y se revuelcan en la ignominia de una capitulación que traiciona todo el esfuerzo y toda la sangre derramada en diez años de lucha.

En ambas fechas encontramos los españoles el punto de coincidencia, el ideal común a todos los hombres y a todos los pueblos de España. En el espíritu de aquellas jornadas se borran todas nuestras diferencias, desaparecen las contradicciones sembradas entre nosotros maliciosamente, y el pueblo vislumbra la España que lleva dentro pugnando por nacer.

Pero de entonces mismo arranca esa corriente capituladora que empuerca y desfigura los últimos meses de nuestra resistencia, la misma que no ha cejado nunca, y que intenta hoy, aprovechando la difícil situación presente, abortar las consecuencias lógicas, necesarias, de un proceso histórico cien veces torcido y traicionado desde que nuestro pueblo inicia sus grandes luchas nacionales por la libertad y por la democracia.

Estamos, hemos estado siempre, con quienes todo lo esperan de su pueblo, de nuestro pueblo, y que por tanto no aguardan regalos de nadie; con quienes no creen que la libertad pueda venirnos de intervenciones extranjeras, y sólo de la justicia que se nos debe y de nuestra propia lucha por lograrla.

El único medio de acabar con la traición de los capituladores, con la ignominia del régimen de Franco, es organizar de manera efectiva nuestras fuerzas, movilizar a nuestro pueblo, y estamos seguros de que él, como el 19 de Julio y el 7 de Noviembre, no defraudará las esperanzas de quienes creemos en la posibilidad de una auténtica solución nacional, en la incorporación de nuestro país a la vida moderna, y en el renacimiento y en la misión histórica de España.

BALLESTER: Imagen de la Virgen del Consuelo

Antonio Ballester

Escultor Español en México

CON motivo del Concurso Nacional de Escultura convocado bajo el tema "Conmemoración a Lope de Vega", la Prensa de Madrid publicaba en 1935 la siguiente opinión de Manuel Abril.

"Desolador resultado, si no fuera por una excepción que da gran lección a todos: la obra de Antonio Ballester. Las obras todas presentadas al concurso adolecen del más frío y amañado academicismo apático. Nadie siente lo que ha hecho. Los unos más escultores, los otros mas batihojas; el uno glosando retablos, el otro aplicando al relieve una ilustración de códice. Ninguno tratando de resolver este sencillo problema, esta —a nuestro parecer— elemental obligación de amor propio: "¿Qué hubieran hecho actualmente los grandes imagineros que son gloria del arte y de España?"

"Sólo uno... La exposición se divide en dos grupos: en uno todas las obras presentadas, menos una; en el otro grupo, ésta. En el grupo primero hay cinco obras superiores, con mucho, a las otras: las de Carmelo Vicent, Pérez Comendador, Julio Vicent, Helzel-Ruiz y Mora Cirujeda.

Ninguna, sin embargo, con la lozanía y el garbo y el empuje de esa ventana abierta al aire libre —un aire de tradición, pero despejado y sano— que ha plantado allí enmedio un muchacho —nos dicen que es muchacho y valenciano— que se llama Antonio Ballester.

¿Quién es Antonio Ballester? No lo sabemos. Pero sabemos que alegra la vida en aquella Exposición de caducidad medrosa y de falta de jugo vital so capa de clasicismo.

No ha hecho Ballester ningún alarde vanguardista ni "moderno"; no ha hecho más que abrir de par en par las ventanas y los pulmones al viento más popular que ha podido encontrar en sí mismo, y que ha construído así un juguete que sabe a santo de feria, a grupo de Nacimiento, a paso de procesión y a... verso de Lope de Vega.

Porque hay dos Lope, lector. Uno culterano, redicho, de caracoleo coqueto en las cortesanías de la época, estofando y rizando a tenacilla unos decires de caracolillo afectado y de artificiosidad mitologística. Y hay un Lope de pueblo y de campo, de aura humana y de garbo popular, lírico y airoso a un tiempo, sin melindre ni alicate, que, en vez de hacer filigrana italianizante de platero, crea flores del campo, silvestres o... pitos de San Isidro y botijos... "Lopillo" es popular, y es español.

Antonio Ballester es el imaginero de verdad en esta Exposición: ha sabido sentir por su cuenta, y al sentir, recoger las esencias mejores del pasado, sin imitación, vitalmente. Ha sabido además esculpir como hacia falta y ha sabido policromar como el alma de la obra requería".

Ahora Antonio Ballester está en México, trae unas muestras de su obra realizada en España estos últimos años sobre temas principalmente de imaginería religiosa, que es lo que le ha permitido ganarse el pan una vez salido de la cárcel de Valencia, donde permaneció junto con un numeroso grupo de los más jóvenes y valiosos representantes de la Escuela Valenciana

De la certera opinión expuesta por Manuel Abril hace más de diez años, son prueba las fotografías que hemos visto de la obra de este joven escultor, algunas de las cuales publicamos. El empuje y sabor popular de que están llenas sus esculturas a pesar del medio ambiente de restricciones y censura artística que se respira hoy en España, muestra la raigambre de este escultor en el tronco de la tradición y popular Escuela de la imaginería española, a la que como levantino aporta una serena fluidez muy mediterránea.

Y de él mismo es la opinión de que la visión real y directa de la gran Escultura Mexicana de la época prehispánica, ha de ser saludable a su plástica.

EL PROBLEMA FILOSOFICO DE LA CONCIENCIA AGONICA SEGUN MIGUEL DE UNAMUNO

II

por Juan David García Bacca

"LAS ESPAÑAS", SE HONRA PUBLICANDO ESTE FRAGMENTO DEL LIBRO DEL DOCTOR JUAN D. GARCIA BACCA, PROXIMO A PUBLICARSE: "NUEVE FILOSOFOS CONTEMPORANEOS, CON SUS TEMAS"

"Abstrahentium no est mendacium", decían y dicen en su mal latín los escolásticos: "quien abstrae no miente ni falsea". Depende de qué objetos sean los pacientes de la abstracción. Y por de pronto quien piensa que la abstracción de razón puede darnos verdad alguna sobre el hombre real, que real y verdaderamente es uno y defiende así su unidad, no sólo miente con vulgar mentira, sino que falsea por su raíz misma el filosofar, y se miente a sí mismo, y tanto se puede mentir a sí mismo que llegue a sugestionarse y creerse lo que dice.

Ahora bien: toda la filosofía intelectual, racionalista, clásica, —griega, escolástica, cartesiana, kantiana, husserliana—.. ha sostenido pertinazmente que filosofar es propiamente un *conocer*, y el progreso en esta dirección ha consistido en añadir *"caer en cuenta de que se conoce"*. Pero todos ellos, con no menor pertinacia y airada repulsa, han tratado de impedir que el resquicio de la conciencia se colara todo el hombre interior a reclamar sus derechos, y sobre todo que los reclamara el sentimiento.

¿Qué ventajas filosóficas aporta introducir todo el hombre y en especial el *sentimiento* en la filosofía misma? Veremos que muchas, e insospechadas; pero sobre todo la de que plantearemos con él los problemas de la filosofía sobre una base *real*, real, de verdad o en realidad de verdad.

Oígase a Unamuno: *"La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez"* (*ibid.* pág. 654).

Empero todas estas afirmaciones son ya más o menos, y eran en tiempos en que Unamuno escribía sus obras, patrimonio común, si no de los filósofos sistemáticos, si del ambiente o de lo que el ambiente de la época exigía a los filósofos.

Lo original, hasta el límite en que es posible la originalidad después de veinticinco siglos de pensamiento occidental, consiste y se cifra en lo siguiente: en señalar el *"sentimiento trágico"* de la vida como raíz y principio propio del filosofar. *"Hay algo que, a falta de otro nombre, llamaremos sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos consciente"* (ibid. pág. 668).

¿Qué es eso de conciencia agónica? ¿Qué, sentimiento trágico de la vida? ¿Cuál su valor filosófico? ¿A qué problemas filosóficos se puede aplicar y con qué resultados *reales?*

II. Veamos ante todo qué es eso de *conciencia agónica*, y cómo la conciencia agónica llega a sentimiento *trágico*, con la grandeza de *real* tragedia.

Para llegar a tener conciencia aguda, realísima, segurísima de que un miembro del cuerpo nos pertenece y continúa perteneciéndonos y hasta qué momento es nuestro, no hay mejor medio, aunque sea violento y brutal, que someterlo a la tortura del potro, estirarlo con creciente tensión, duela lo que doliere. Crucificarse integramente, de modo que de cada parte de cuerpo y alma cuelgue dolorosamente el cuerpo y alma enteros; y aguantar conscientemente tal tormento, es llegar a tener conciencia *sumamente real* de lo que a uno real y verdaderamente le pertenece y está perteneciendo.

El dolor de la separación, *en estado de atentado*, es el criterio más seguro de unión actual.

Pues bien, por algo esa devoción de nuestro Unamuno hacia el Cristo de Velázquez y hacia los Cristos agonizantes en general. *"La más alta expresión artística católica, por lo menos española, es, en el arte más material, tangible y permanente, —pues a los sonidos se los lleva el aire—, de la escultura y la pintura, el Cristo de Velázquez, ¡en ese Cristo que está siempre muriéndose, sin acabar nunca de morirse, para darnos la vida!"* (ibid. pág 718).

Transportemos este plan al hombre íntegro, de cuerpo y alma, y preguntémonos: ¿qué nos revelaría el programa de ponernos a que nos *duela* todo nuestro ser? Y como espontáneamente y de ordinario no nos duelen muchas partes del alma, como entendimiento y voluntad, ¿cómo conseguir que afectiva y realmente lleguen ellas a tener conciencia *doliente* de sí, conciencia que nos revele no simplemente que "soy", mientras y porque *pienso*, ni que *"existo"* simplemente mientras y porque *pienso*, sino que por el grado del dolor pueda saber de tinta real y en realidad hasta qué punto soy? Sé que mis dedos me pertenecen, porque si por un sadismo, que ahora toma matices filosóficos y en especial ontológicos, me pongo a estirármelos sin compasión y tiento, el dolor creciente me *revelará* el grado de unión real y viviente que conmigo tienen. Pues ¿por qué no ponernos en sadismo ontológico *general*, hacer que nos duela todo el ser y así descubriremos lo que nos pertenece realmente, el grado de su unión y el de nuestra unidad interior, qué cosas nos pertenecen real y verdaderamente y qué otras sólo como objetos presentes en nuestra conciencia presentacional pura y simple, qué problemas nos son reales y cuáles otros fingidos? Si, por ejemplo, pudiéramos hallar un medio para ponernos a que nos duela ser *mortales*, ¿qué significaría tal conciencia doliente de nuestra mortalidad para el problema de la inmortalidad? Y si es posible llegar a que nos *duela* Dios, ¿qué valor teológico tendrá tal dolor nuestro, para resolver si existe o no existe, su naturaleza, el grado de distinción entre El y no otros?

Hacer que a uno le duela su *ser entero* es llegar a conciencia agónica, estar en trance de muerte integral, estado en que uno notará lo que real y verdaderamente es él, y hasta qué punto lo es. La conciencia agónica es la *"hora de la verdad"*.

Frente a esta conciencia agónica de todo el ser, y de todo lo que de verdad se halle con nosotros unido, la puramente presentacional o fenomenológica es cosa de juego y sin consecuencias *reales*, sin *revelación*, cuando más con *aparición* de ideas y cosas.

"El combate es el padre de todas las cosas", decía Heráclito. La guerra interior, intestina, entrañable es el padre de toda la filosofía. Ordinariamente no nos duelen ni la fe ni la razón, ni sabemos hasta que punto son las dos nuestras y hasta qué grado las dos forman una unidad, y hasta se ha llegado a inventar teologías para que no nos duelan, ni le duela a la razón la fe ni a la fe la razón. Y hay quienes proclaman que razón y fe no pueden *contradecirse* jamás, es decir *dolerle* al hombre; y al no dolerle en firme, ha dejado de saber realmente qué es fe y qué es razón, y ha perdido el poder ser crucificado en ellas y por ellas, dejando de parecerse al Cristo que, sabiéndose Dios, se lo sabía con conciencia viviente mortal y agónica al exclamar crucificado por dentro, más que por fuera: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

BALLESTER

CONCURSO DE LAS ESPAÑAS

Próximamente publicaremos las bases de los Concursos Literarios de "LAS ESPAÑAS" para 1947

Premio:	ANTONIO MACHADO,	(Poesía)
Premio:	PEREZ GALDOS,	(Cuento)
Premio:	GARCIA LORCA	(Teatro)

En breve daremos a conocer las personalidades literarias que formarán los Jurados de estos Concursos en los que podrán tomar parte todos los escritores de habla española, sin distinción de nacionalidad ni de residencia.

ESPAÑA EN EL RECUERDO

- MI ASTURIAS -

por Luis Santullano

PARA hablar equilibradamente de Asturias estorba un poco ser asturiano. Si Bergamin escribió, aquí mismo, garbosamente del Madrid de los Madriles, no es porque sea nacido madrileño —"Clarín" decía "me nacieron", al hablar de su muy pasajera Zamora—, sino porque lleva dentro Bergamín la tierra andaluza, puede considerar a Madrid en la perspectiva del espacio y discurrir sin exaltación, ayudándole el cielo de Castilla, malagueño a sus horas: "Cuando Madrid toma cierto aire andaluz en los días de sol y de corrida—escribió Leopoldo Alas—parece lo que no es, y el que ha vivido allí algunos años se abandona a cierta ternura patriótica, puramente madrileña, que no se explica bien, pero que se siente con intensidad". Ahora bien, un asturiano de origen y de larga residencia se embobalica fácilmente al referirse a su tierrina, aún sin caer en las deliciosas exageraciones del vate regional Teodoro Cuesta, tipo de "carbayón" u ovetense, llegado de Mieres del Camino, que merecería una buena estampa novelada:

Si Asturies ye el xardín, al que gozosu
baxa de temporada Dios bondosu,
y más que el sol resplandeja por so his
(toria
¿de qué glories falar, si todo é gloria?

Puesto que aludíamos a la Bética bergaminiana, hemos de recordar el famoso duelo literario, pluma en ristre, habido en Oviedo en 1870 entre un excelente andaluz el doctor don Diego Terrero, allí afincado, y el poeta Teodoro Cuesta, en el que se acometieron con tremenda y divertida furia al ponderar las gracias de las respectivas comarcas nativas. Y decía mi paisano y campeón, recogiendo los entusiasmos de Terrero ante la belleza femenina andaluza:

¡Que les neñes son guapes! ¡Cosa nueva!
Onde quiera que nacen fies de Eva
Hailes blanques y prietes, pequeñines,
espigaes, gorduques y flaquines.
¡Que tienen mucha sal!... ¡Qué babayaes!
les que soses non son, serán salaes;
pero, a rostros de cares, nunca Uvieo
a dalgún otru pueblu tuvo mieo.
¡Que al son de la guitarra dan corcovos
con tanta gracia que dexaren bobos
a todos los de Asturies!... ¡Vaya, vaya!
Non mos cai por tan poco la babaya.
Y si Málaga y tou el mundu enteru
oyeren a Pinín tocá el punteru,
y el tambor a Xacinto redoblando,
mientras cuarenta neñes tan bailando!...

En la fingida saña de aquella pelea, a golpes de verso... y ripio, Terrero y Cuesta olvidaron lo que Andalucía y Asturias tienen de parejo. Se dice que los asturianos son los andaluces del norte; comparación que les hace gratas cosquillas y cuya razón ignoro si debemos buscarla en cierto poder de la imaginativa que se acusa en unos y otros españoles. Hay, desde luego, una coincidencia cierta de una y otra tierra. Es la que da la canción popular, con orígenes comunes, al parecer, en muchas de sus expresiones. Aunque esto fuera una discutible doctrina de los sabios del folklore musical, los profanos podríamos asegurar esto: que Asturias y Andalucía son las tierras donde se canta más en todo el mundo hispano, y no diremos mejor para no incurrir en la pendencia atrás referida. Los poetas de la tierrina han sabido alabar esa capacidad melódica, que halla en la canción recreo espiritual y estímulo para el trabajo:

Ello ye que pel llanu, pel los altos,
pel riu, pel monte y pel uqiera;
faiga el llabor que faiga, l'aldeanu,
que trabaye pa sí, que esté de andecha,
tempranino, de nochi al meudia,
que el mundu esté reguéltu o quietu
(estea,
atentu a su llabor, él siempre canta,
o satisfechu, o pa escuerrer la pena.

Así escribió otro poeta, Juan M. Acebal, mostrándonos cómo todo canta allí, la Naturaleza y el hombre, y éste canta en el descanso y en la tarea, de día y de noche, hállese contento o apenado, esté el mundo tranquilo o revuelto. Y por cantar hasta canta el eje de la carreta; para eso tiene su chillona "cantaera", que anima a la yunta de bueyes en el esfuerzo.

La canción suena siempre en los valles y en los hogares de Asturias; pero suena más en las tardes y los anocheceres de las romerías, condensación de la facultad gozosa que los asturianos poseen, los del campo y los de la ciudad: "gente de Oviedo, tambor y gaita". Por este lado, de la gaita, los asturianos pertenecen a la numerosa familia celta; pero más individualistas que los escoceses, no han sabido dar al puntero, al roncón y al fuelle gaiteriles un valor orquestal, sino que la gaita asturiana ríe y llora sola, como la de Campoamor, o acompaña la tonada del cantor espontáneo, cerca de la ventruda pipa de sidra.

La sidra. Este sí que es otro cantar, un cantar en el que no todo es fiesta, a pesar del bable ponderador:

¡Sidra!..., remediu devino,
que al mortal la vida allarga
y troca al primer sorbiatu
la señaldá en dolce calma.

.....

Non hay fiebre, llatidura,
cipela, niervu, nin llácara
que non fuxa, si arreciende
el zumu de la manzana.

No lo creamos del todo, pues si la sidra calma el ánimo y lo alegra, no está probado que alargue la vida más que el vino, ni que, nuevo bálsamo de Fierabrás, cure a los cardíacos, como ahí se dice, ni alivie la erisipela, los transtornos nerviosos y otros achaques de los humanos. Por no aceptar esta virtud de la sidra, Leopoldo Alas se dirigió, allá en mis días de estudiante, a la juventud asturiana para tratar de prevenirla contra los males del alcoholismo. Hemos de decirlo en seguida: la sidra apenas contiene malicia alguna, y su consumo en la taberna o el chigre tiene mucho de aparato y fachenda, donde el arte de dirigirla desde lo alto hacia el borde interior del vaso, como un chorro de oro líquido, de escuchar la música de su choque en el cristal, de contemplarla al trasluz para ver si es rica en "panizal" y de derramar la libación última, en ofrenda a la divinidad, supone mucho más que el beber y apurar. Pero el asturiano está habituado a la relación cuantitativa con la sidra: una, dos, tres botellas por cabeza, acompañadas de percebes o de centollas, a la hora de las once o de la merienda. Las burbujas de la sidra, cuando se pasa de la segunda botella, se hacen las locuelas y se suben al ático del bebedor. Entonces suele sobrevenir la actitud sentimental, de los anhelos vagos, seguida inevitablemente de la expansión coral a media voz:

Penosina de la Peña,
rosa de la mi quintana...

No estaba aquí el daño, claro es, para Leopoldo Alas, sino que ese hábito de beber en cantidad —por "tarreña" o jarra en el lagar— y no a dedales, como las cañitas de la rica manzanilla de Moriles, hace que el astur, puesto ante el coñac o el vulgar morapio, se determine confiado a tratar estas y otras bebidas como a la casi inocente sidra; de donde resulta que el balance alcohólico de Asturias asusta a los menos asustadizos. El nativo lo experimenta directamente, y así, cuando quiere beber a su ancho gusto, procura defenderse con los platos fuertes de la tierrina: esa fabada sustanciosa, que acarrea la más lenta de las digestiones, esas platadas de callos pimentados, que los sidreros se toman como sencillo aperitivo para disponer al yantar! Sólo los vascos igualan, no sé si superan, a los astures en la hora de sentarse a la mesa un grupo de tragones. Y que no se molesten los valencianos, con sus paellas suculentas.

No extrañemos que, después de uno de esos atracones, el asturiano se sienta eufórico y mire por encima del hombro... o de la panza, lo terreno y lo divino. El humorismo astur viene del humor o zumo de la manzana y se traduce en estar de vuelta de las cosas —a veces sin haber ido— o en tomar a burla las posibles y las imposibles:

¡Señor San Pedro:
quiero sacar los calzones
por la cabeza y no puedo!

Si el asturiano fracasa en ese y en otros intentos, dándolo a broma, piensa que tampoco el Todopoderoso lo consigue siempre todo.

"Dios el cucho pueden mucho;
pero puede más el cucho"

Es esta aseveración una de tantas expresiones de la afición realista y de cierta proclividad a la irreverencia de los asturianos, que suelen fiar más en el abono animal, cuando se trata de ayudar al suelo cultivado que en los poderes sobrenaturales. Y sin embargo, fueron los aguerridos mineros de Sama y de Mieres, con otros milicianos, los que, en uno de aquellos y terribles días de 1939 tomaron amorosamente a la Santina de su altar de Covadonga, y se presentaron con ella en la Embajada republicana de París, liberándola de las avanzadillas moras, que buscaban la revancha del lejano siglo VIII y ahora llevaban el corazón de Jesús al pecho... Lo que los mineros presentaban en la Avenida George V era una pobre talla de carcomida madera; pero era también un trozo de la historia patria, y así el gesto alcanzaba una encumbrada significación nacional.

Los asturianos, como españoles auténticos que son, no necesitan del acicate de la guerra para darse a la pelea. No quiero referirme a las memorables palizas, desaparecidas por gran desgracia, que Armando Palacio Valdés reseña en su "Aldea Perdida", sino a las pugnas y diferencias, frecuentemente simpáticas, entre localidades de estos y los otros verdes valles. Hay, desde luego, la Asturias de Oviedo y la de Santillana, y, dentro de ellas, los piques

(Pasa a la pág. 13)

PUENTE ROMANO DE CANGAS DE ONIS (Asturias)

FIGURAS DE ESPAÑA

EMILIA PARDO BAZAN

por Isidoro Enriques Calleja

ESTABA marcadísima en nosotros la idea desgraciada de que las generaciones últimas tenían secas las bodegas de su imaginación creadora y por eso no lograban las novelas. Pero pensando, demasiado generosamente, que se nos hubiese inoculado mucho el virus del rigor crítico, quisimos esperar la llegada de acontecimientos terribles, de esos que no admiten disculpas para negar la experiencia. Porque consideramos que la experiencia es el filón inagotable de donde se extraen las novelas de verdad. Y la experiencia no se hizo esperar demasiado...

En todo lo que va de siglo, la vida española se ha desenvuelto a un ritmo acelerado de vicisitud, y en los últimos años —de 1931 a la era del refugiado político— han pasado cosas como para abarrotar las librerías de novelas sugestivas y profundas, que hubiesen definido nuestro tiempo de modo definitivo. Pues no; continúan partiendo el bacalao, después de los coetáneos de Pérez Galdós, los novelistas de la Generación del 98.

Nuestros jóvenes no se han preocupado más que de tratar de derribar ídolos; pero con muy escasas fuerzas, pues aun están en pie y, —¿por qué no decirlo?—, triunfantes.

Deseando hallar las causas a esta manera de escurrir el bulto, hemos ido a las fuentes de la desorientación para explicarnos el fenómeno de que no haya surgido, como debiera, el novelista, ya que se han dado las condiciones precisas para ello. He aquí la pista: "Ideas sobre la novela", de Don José Ortega y Gasset. Repasando el ensayo orteguiano, y agazapado, encontramos este párrafo un tanto infame: "En una larga novela de Emilia Pardo Bazán se habla cien veces de que uno de los personajes es muy gracioso; pero como no le vemos hacer gracia ninguna ante nosotros, la novela nos irrita". Tal ensayo le es inspirado al totalitario autor de "La rebelión de las masas", por Pío Baroja, el pepenador, según el esférico adjetivo que desde México le lanza un escritor español de los más honestos.

Ortega, con la deshumanización del arte, es el gran culpable del escorzo novelero en el que la metáfora y el juego de palabras tratan de superar el interés del alma de un personaje. Por eso las criaturas de carne y hueso, naturales, de la Pardo Bazán, no le hacen gracia ninguna. Precisamente por su olor de humanidad. A Ortega Gasset le aroba lo narciso, le encanta lo abstracto, aquello que habla sin contenido sólido, que se traduce, a fin de cuentas, en espirales de humo y en bonitos vuelos de mariposas. Y, naturalmente, que se salva él por ensayista magnífico, pero hace la santísima a los demás. Pero en la patria de las saudades le está llegando el arrepentimiento, y la conciencia le golpea con los nudillos al ver que sus discípulos fanáticos y algunos de los emboscados, no saben hacer novelas luego de tanto ENSAYAR. En cambio, algo se han aproximado los que se hicieron sordos a la estética orteguiana, porque, indudablemente, Ortega es un caso extraordinario, pero jamás un movimiento. A más de un discípulo de la Revista de Occidente hemos oído por detrás del muro, esta lamentación: Maldito don José que me enseñó a decir tonterías bizantinas "en torno a la novela", en lugar de señalarme el camino recto de hacerla.

Los preciosistas del escorzo se durmieron en la prenovela, ensayo de novela o, a lo sumo, en la biografía, mientras que doña Emilia Pardo Bazán, con todo y algunas reservas, distinguió perfectamente unas cosas de otras: escribió ensayos, crítica de arte, biografía, periodismo, cuentos y novelas de maravilla. Su obra total es un luminoso ejemplo más sugestivo siempre que Ortega Gasset y, ni que decir tiene, que el gran tímido hacia adelante, Pío Baroja.

Doña Emilia Pardo Bazán fué efectivamente al naturalismo de Zolá, con más arresto que los hombres y con el susto consiguiente del reaccionario Pereda, capricho del emigrante "nuevo culto"; pero con lente española. Sin traducir, y tomando sólo lo que la ciencia podía enseñarle. Es decir: la influencia que pueden tener las leyes mendelianas, la fisiología y otros problemas fundamentales que su país procuraba esquivar. Por eso ella se extrañaba de ser hija única, cuando sus padres eran jóvenes y sanos.

Su cultura tremenda de clásicos—comenzó a leer el Quijote a los seis años—y la voz varonil de su raza, hacen que no se embobe con las corrientes extranjeras. Sabe muy bien que desde que el idioma español comenzó a ser correcto y fino, el realismo fué cosa nuestra. Así miraba sin extrañeza lo francés, segura de que el naturalismo se proyectaba de los Pirineos hacia arriba. Y en las maneras crudas de Zola, doña Emilia, se encontró como en su propia casa. No fué nunca el cateto novecentista, copiando de los franceses lo que ellos arrancaron de nuestros clásicos; porque algunos gabachos hicieron tarde el viaje "al Africa". Y si alguien lo duda, que vea el placentero juego de dar a su idioma la pátina del tiempo sin salirse en los problemas de las inquietudes de su momento. Nuestra escritora, como los hermanos Goncourt, persiguió con pasión y obsesionadamente, realismo, actualidad y lenguaje.

La recia y definitiva "Cuestión palpitante", que enfureciera al autor de "Pepita Jiménez", pero que arrancó las felicitaciones calurosas de Emilio Zola, no tiene fuerza para arrastrarla por las veredas de una imitación servil y fácil, sino al contrario, es el hito de un idealismo original cuajado con gesto espléndido en "Bucólica", la novela corta que ella prefería entre todas sus obras.

La rosa de los vientos de su curiosidad inquieta, la orienta algún instante de su carrera literaria triunfal, hacia el Oriente y no se achica frente a lo ruso. Entonces publica "La revolución y la novela en Rusia". Al contemplar el mundo inconmensurable de la novelística moscovita, aparecen a sus ojos los pícaros españoles con el fardo de sus complejos a cuestas, y el español quevedeano analizándose sarcástico a sí mismo y de retruque a nuestra España, siempre dolorida y desgraciada, mas siempre original y creadora.

Variadísima es la bibliografía de esta portentosa mujer, pero bastan para hacerla merecedora de un resurgimiento y un recuerdo largo, la introducción a su "San Francisco de Asís" y los "Pa-

(Pasa a la pág. 12)

El Cuento del Mes

Los Mulos Enamorados

POR

Jose Herrera Petere

LAS locas ilusiones de un guardia civil, se convertían en trapos para sus locas hijas.

Residía en un pueblo de la provincia de Palencia, que lleva el extraño nombre de Frómista.

Este guardia civil de dientes y cuchillo, solia acariciar sus bigotes y sus ilusiones por las mañanas, en una esquina soleada de la plaza del pueblo, al lado del cristal de un escaparate de libros, entre los que sobresalía una novela de Don Juan Valera, titulada "El Comendador Mendoza".

Hacía gran frio castellano, transparente; la escarcha blanqueaba la arena fina; los charcos, a pesar del sol blanco brillante como la plata, no se deshelaban.

¡Oh qué locas ilusiones pasaban por el cerebro del guardia civil! ¡Qué brillo oscuro relucía en sus ojos! ¡Qué orgullo resabiado en su cara, en sus manos, en la manera de colocarse el tricornio!

El era sargento y por lo tanto el amo del pueblo. El habia estado en lo cierto durante años y años: ya Franco dominaba esta parte de España y pronto la dominaría toda, pues la "realidad" siempre vence a las "ideas locas".

Se habia educado en la Benemérita Academia de Valdemoro. Allí habia visto crecer su barba y sus atributos varoniles, —hecho que consideraba como el mas trascendente de su vida— y se sentía orgulloso de su virilidad seca, de su virilidad de mulo.

Estaba casado con una horrenda mujer blasfematoria, sucia, lacrimosa, de párpados enrojecidos, paridora de innumerables hijos e hijas que, según decían en Cabezón, pueblo en donde la habia conocido, tenía "mucho gancho" para los hombres. De "especie de perra", la calificaban las envidiosas mientras lavaban, y se hacian cruces sobre la suerte del hombre que se la llevara.

A él lo enganchó para toda la vida en una tarde de verano. Lo llevó a la iglesia, lo casó, lo metió en la cama, y empezaron a nacerle hijos e hijas, sin que casi se diese cuenta.

Le rodeaba con la pierna y casi lo ahogaba todas las noches con su brazo, y el pobre guardia civil con sus bigotes, apenas podía respirar. Berreaban los niños, clamaban las niñas pálidas éticas, perleticas, prometedoras de ser tan perrunas y enganchadoras como su madre. Salia el sol, y el guardia civil se levantaba en camiseta, no se lavaba, no se peinaba, pero sí se rizaba los bigotes, porque a los cuarenta y cinco años de edad todavia conservaba sus locas ilusiones, en aquel pueblo de la provincia de Falencia, que llevaba el extraño nombre de Frómista.

Había allí, como hemos dicho, una plaza, con una esquina soleada a esas tempranas horas de la mañana y otra sombría donde estaba la antiquísima iglesia, pobre y gótico edificio comido por las ratas y los sacristanes, no menos que por los siglos.

Ascendía el sol derramando crudeza, quebrábanse los hielos y el guardia civil se retorcía los bigotes, esperando. De la iglesia tenía que salir una dama: Doña Isabel, la mujer del comandante de ingenieros Angel Rubio, quien se encontraba a esas horas haciendo fortificaciones en el frente de Belchite.

¡Qué solemne salia doña Isabel después de cumplir con los preceptos religiosos! ¡Qué airosa! ¡Qué espiritualmente grave y dura de carnes!

Doña Isabel, era una mujer de unos treinta y cinco años, cuyo rostro tenía tal pureza de líneas, que disimulaba muy bien lo minimamente ajado. La nariz era de perfectas proporciones; graciosa, y un poco corta. Sus labios, correctamente dibujados se entreabrian descoloridos y pálidos, pues no se los pintaba nunca. Sus ojos eran pardos, grandes y aparentemente soñadores. Con respecto a las líneas de su cuerpo, que se adivinaban bajo su traje negro y sedoso, baste decir que eran tan perfectas y puras como las de su cara, fugaces e hirientes al mismo tiempo, frescas y llenas como las aguas del rio Urbel que baja directamente de la montaña.

Procedia doña Isabel de una familia desgraciada y aristocrática, y esto le autorizaba cierta melancólica y encantadora negligencia moral. Sólo ella entre las damas de Frómista se atrevia a hablar, gravemente y con valentia, de los más atrevidos temas. La melancolia, la negligencia y el incisivo encanto de la conversación de la dama aumentaban cuando se referia a su esposo el comandante de ingenieros Angel Rubio, en su concepto muy inferior a ella en facultades intelectuales, origen social y delicadeza de formas, pues tenía un enorme vientre, aún bajo el uniforme del ejército franquista confeccionado a propósito para disimular las deformaciones fisicas y morales de sus miembros.

No, no era el comandante de ingenieros Angel Rubio, ni esbelto, ni religioso, ni sublime. Se trataba de un militar profesional por los cuatro costados, con esa alegre y sana plebeyez propia de casi todos los militares profesionales. Su esposa no podia soportarlo.

II

—Buenos días doña Isabel —saludó el guardia civil acercándose, cuando, con libro y rosario, la vió salir de la sombra y avanzar por mitad de la plaza.

—¡Oh! Buenos días — contestó ella haciéndose la sorprendida.

—¿Permite usted que la acompañe? — preguntó el guardia civil.

—¡Oh, Damián! —contestó Doña Isabel —Tengo mucho que hacer, además tengo que comprar un libro, aquí en la tienda...

El guardia civil, se hizo galantemente a un lado y entraron en la librería.

Allí Doña Isabel señaló un tomo en rústica, escrito por un coronel de artillería, titulado "La Verdad sobre el Universo."

—Es una obra de gran importancia —dijo Doña Isabel— con su más exquisito y elegante dejo — aplasta completamente el ateismo y el marxismo. Es la última publicación hecha en Burgos... Debe usted leerlo también, Damián.

—Sí —contestó el guardia civil, conteniendo los feroces deseos que sentía de besarla— a mí me interesan mucho todas estas cosas, he leido... ¡Ah, sí! la última pastoral del obispo de Pamplona.

Doña Isabel iba de un lado a otro de la librería, contoneándose e inspeccionando todos los libros con aire inteligente. El guardia civil, la seguia en todos sus pasos, y fingiendo un gran interés, observaba los mismos libros que Doña Isabel, por lo cual siempre estaba muy cerca de ella. De pronto Doña Isabel lo cogió por un brazo.

¡Oh, Damián! —exclamó— ¡Mire usted que monada!

Y le señaló un devocionario pequeñito, color de rosa, especial para muchachas jóvenes.

—¡"Hojitas de oro"! — continuó — ¡Voy a comprar uno, para que se lo lleve usted a sus hijitas...!

El guardia civil volvió la cara hacia ella y rozó con sus bigotes una de sus mejillas.

Doña Isabel se retiró un poco, soltándole el brazo.

—Sí, Damián, —dijo— este libro se lo regalo yo a Baldomerita.

—¡Por Dios, Doña Isabel! —exclamó el guardia civil con los ojos enrojecidos— ¡Es usted muy amable!

—¿No desea usted más? —preguntó el librero, un hombrecillo pálido con boina y gafas.

—No, por ahora— contestó Doña Isabel.

Salieron a la calle, si calle puede llamarse en Frómista a unas pocilgas alargadas, en cuesta, con empedrado difícil, helado y resbaladizo.

Marchaba el guardia civil al lado de Doña Isabel. A las gentes con que se cruzaba les lanzaba miradas cobardes, recelosas, coléricas, como las de una rata acorralada, como las de un mulo en estéril celo. Le apetecia relinchar pero se contenia. Para disimular, aumentaba la gravedad de su andar y la seriedad de su rostro. Iban bastante separados el uno del otro, mirando al suelo como dos jóvenes tortolitos.

—Este libro —decía Doña Isabel— lo empezaré después de comer y lo leeré hasta la hora del Rosario.

—En la paz de la tarde —dijo gravemente el guardia civil sin levantar la vista al tiempo que pasaban delante de la casa de Doña Isabel, una vieja terriblemente chismosa.

—Me encanta leer libros—continuaba doña Isabel. Es mi mejor entreteni-

miento, ahora que Angel está en el frente.

—En efecto, —contestó el guardia civil en la misma forma al tiempo que pasaban por delante de los balcones de Doña Tula, otra vieja chismosa— es hermoso e instructivo.

—Quiera Dios que esta guerra termine pronto! —dijo Doña Isabel.

—Sí, —suspiró el guardia civil— no dejando un rojo vivo.

En ese momento pasaban por delante de casa de Don Joaquin, quien se asomó a la puerta y los saludó respetuosamente con la cabeza.

—¡Así sea! —contestó a Damián Doña Isabel.

—Por cierto, Doña Isabel —pregunto el guardia civil al tiempo que pasaban por delante de la finca de Don Prudencio— ¿cómo sigue su hijo José Luis?

—Está bien —contestó la dama— aunque un poco pálido y muy discolo; quiere irse al frente como su padre.

—Usted no debe permitirlo —dijo el guardia civil— midiendo con sus botas y sus miradas el empedrado de la calle, al cruzar por delante de la casa de las señoras de Arrieta.

—¡Oh, no! —contestó doña Isabel— ¡Es un niño muy tierno! ¡Pobre hijo mio!

—¿Qué edad tiene ya? —preguntó el Guardia civil al final de la calle.

—¡Sólo diez y ocho años! —contestó Doña Isabel —¡Y es falangista de primera línea!

Marchaban ya entre tapias cerradas, camino de la casa del comandante que estaba fuera del pueblo. El guardia civil se acercaba más y más a ella.

—Sí —continuaba Doña Isabel —José Luis es un buen muchacho, incapaz de desobedecer a sus padres, falangista desde hace mucho tiempo. Yo con respecto a mis hijos tengo una teoría: quiero que conozcan ante todo la religión, que estén bien maduros antes de lanzarse por el mundo. Que no les pase lo que a mí que me casé tan joven...

Damián marchaba ya completamente parejo a Doña Isabel. Sus bigotes se retorcian en el aire. Al doblar una de las últimas esquinas le tomó la mano.

—¡Por Dios, Damián! exclamó Doña Isabel soltándose— ¡Que pueden vernos!

—Es que yo, —contestó Damián que no podia contenerse— siento por usted un afecto difícil de explicar...

Sus ojos relucian como dos carbunclos. Escupió sonoramente al aire y pisó la tierra.

—Es usted una mujer superior, tan inteligente, tan espiritual, tan religiosa, tan católica...

Dijo y le pasaba la mano por las nalgas.

—¡Por Dios, Damián! ¡Qué hace usted!

—¡Isabel, Isabel! ¡Te adoro! —exclamó el guardia civil lanzándose sobre ella y tratando de abrazarla.

—¡Damián!! ¡Pero Damián!! —gritó ella furiosa apartándose vivamente— ¡Qué se ha creído usted! ¡Es usted un bárbaro! ¡Salvaje! ¡Me ha hecho usted daño!

A esto siguió un momento de silencio en que el guardia civil miraba a Doña Isabel con ojos enrojecidos. Después contemplo la lejanía, una serie de lomas amarillentas entreveradas de nieve, de fango y de suciedad.

Se separaron rápidamente. Por el camino venia Don Bernardo, otro señorito muy chismoso, que volvia con sus hijitas de dar el paseo matinal.

—¡Arriba España! — saludó Don Bernardo al pasar.

—¡Arriba! —contestó el guardia civil con voz sorda.

Continuaron andando en silencio hasta llegar a la casa del comandante que estaba en un alto.

—Doña Isabel —dijo el guardia civil— yo le ruego que me dispense....

—Está bien, está bien —contestó doña Isabel— no hablemos más de ello.

El guardia civil tenía tanto calor que tuvo que quitarse el tricornio, y comenzó a darle vueltas entre sus manos.

—Doña Isabel —dijo— esta tarde vendré a visitarla con Baldomerita para que le dé las gracias por el libro.

A lo lejos apareció una vista nueva. Se veía la inmensa llanura de Castilla blanca, reluciente, cubierta de nieve. Soplaba un viento fresco del noroeste.

—Hasta luego, Doña Isabel —repitió Damián ya en la puerta de la casa.

—¡Oh, Damian! —dijo Doña Isabel, dándole un amistoso golpe en el hombro— tiene usted los ojos muy encendidos...!

III

Por la tarde se presentó Damián en casa de Doña Isabel con Baldomerita. Asuncioncita y Crisantemita, horrorosamente vestidas de verde, mocosas, marisabidillas, trenzado el pelo, arremangadas las medias, ladeada y mal puesta la falda y desceñida la cintura.

Allí se encontraba también José Luis,

el hijo de doña Isabel, con su uniforme de falangista de primera linea. Estaba muy bien peinado con cosmético y pegamin, pero era tremendamente desgarbado y soso.

Baldomerita y él, marcharon a pasear al jardín mientras las otras dos niñas jugaban en la terraza con la nieve. El guardia civil y Doña Isabel entraron en una sala.

—¡De lo de esta mañana ni hablar! —advirtió Doña Isabel a Damián amenazando al guardia civil con el dedo.

—¿Qué tal está Baldomera? —preguntó sentándose.

—Muy ocupada la pobre con las otras niñas —contestó el guardia.

Anochecia. Por la ventana cerrada se filtraba una melancólica luz invernal. No habia sol en el cielo, sino nubes plomizas. Un fuerte viento arrastraba los cardos secos y las basuras.

Doña Isabel bordaba sentada en un sofá y el guardia civil adolecia en una butaca a su lado.

—Es muy interesante, —comenzó Doña Isabel— el libro que compré esta mañana, muy claro, muy contundente y muy elevado. Pero voy a enseñarle a usted, —dijo— tomando otro que habia sobre una mesa— estos magníficos poemas de un padre jesuita...

"De tu divino rostro
la belleza al dejar
permíteme que vuelva
tus plantas a besar..."

—Leyó doña Isabel.

El guardia civil seguia la lectura sin entender nada, estaba ciego. Tomando la mano de Doña Isabel, bramó:

—Isabel, yo la amo a usted; déjame que te bese en la boca.

Doña Isabel estaba muy sofocada.

—Mire Damian —dijo— de una vez por todas le digo que eso no se lo permitiré nunca. Yo estoy casada y me debo a otro hombre; usted a otra mujer. El matrimonio es un lazo sagrado que dura toda la vida y lo que me propone un pecado mortal. ¡Sólo Dios sabe lo desgraciada que soy! Es inútil que trate de sobrepasarse. Unicamente te permitiré que me toques la mano, como ahora...

El guardia civil la besó la mano con pasión. Trató de besarle la boca y no lo consiguió. En su interior se desató en palabrotas. Estaba furioso. Gruñia como un mulo viejo en celo.

Doña Isabel, muy espiritual, continuó hablando de cosas eternas.

En cambio, Baldomerita se dió tal prisa que enganchó a José Luis aquella misma tarde, hasta el punto de que al mes tuvieron que casarse. Vino el comandante Angel Rubio del frente. Repicaron las campanas. Tocaron el himno falangista y la marcha real, y un coadjutor navarro que tenía muy buena mano echó la bendición a los jóvenes, para toda la vida.

Desde entonces, Damián, el guardia civil, acariciaba solamente sus bigotes en la esquina soleada de la plaza, pensando que la realidad siempre vence a las ideas locas que van contra la moral cristiana.

¡Pero el día en que pudiese agarrar sola a Doña Isabel... qué lio de faldas y de confesionarios se armaría!

Figurándoselo le daban ganas de relinchar como los mulos, en aquel pueblo de la provincia de Palencia que lleva el extraño nombre de Frómista.

México, Junio de 1946.

(Ilustraciones de Carlos Marichal)

A partir de este segundo número de "LAS ESPAÑAS" nuestro amigo Carlos Marichal entra a formar parte de la redacción de nuestra revista y nos ruega que hagamos público el hecho de que desde el segundo número de "ACCION" no ha formado parte de la redacción ni ha colaborado en ninguna otra revista. Cualquier dibujo que se haya publicado desde entonces, Noviembre de 1945, lo ha sido sin su previa autorización.

El Problema Agrario en España y en México

I

por Adolfo Vázquez Humasqué

PUEDE establecerse un paralelo entre los problemas agrarios de México y de España, salvando las diferencias geográficas que distinguen a los dos países.

Desde luego la base fundamental de este problema es la misma en el tiempo y en el espacio: El acaparamiento de la tierra como elemento de producción, y la explotación del factor trabajo por los acaparadores. Las modalidades de aquí y allá ofrecen apariencias diferentes, pero en esencia, repetimos, el caso es el mismo. Veámoslo:

Los españoles de la reconquista remontan la divisoria de la orla cantábrica y extienden el poderío de sus armas por las dos submesetas: consolidan sus posiciones, y tras de tomar nuevo aliento durante lustros y décadas, reanudan la pelea y prosiguen su ingente tarea, traspasando la gran falla del Guadalquivir y deteniéndose, por la resistencia islámica a ser desalojados, en los valles inferiores del Guadiana, del olivífero Bétis, y en los derrames mediterráneos del macizo penibético de Sierra Nevada, hasta que a finales del siglo XV vencen la última resistencia del agareno y hacen la unidad nacional.

Pero esto que en un simple lenguaje de historia bélica, tiene una expresión gráfica en la nomenclatura de los reyes, de los guerreros y de las batallas, en la agricultura peninsular muestra el origen de uno de los factores más influyentes en la tragedia campesina, que no por silenciosa es menos intensa.

Porque al pasar de la zona húmeda, de clima centro-europeo, que caracteriza a las provincias que se bañan con las aguas del Cantábrico o arrancan de las estribaciones del Pirineo, a las tierras secas de las mesetas castellanas, que son de tipo desértico-africano, con pronunciadas paradas invernales y estival, la agricultura tuvo que transformar su modo de hacer, abandonando la pequeña explotación rural, que coordinaba el cultivo ininterrumpido, con obtención de dos cosechas anuales y aprovechamiento pecuario de ganado vacuno, a la gran unidad productora de cereales, con obligado barbecho y parte adehesada, sistema que no proporcionaba al campesino trabajo más que en periodos determinados del año, que apenas sobrepasan los ciento ochenta días en total.

Y la consecuencia de que la tierra hubiera de producir por "extensión" y no por la "intensidad" del trabajo aplicado a la misma, dió origen a que una minoría se erigiese en dueña del suelo y el resto constituyese la masa gregaria, el proletariado rural, forzado a vivir de ese trabajo inseguro y mal remunerado. El poderoso terrateniente, confundido en aquellos tiempos con el noble y el guerrero, tenía su activo en la acumulación de la propiedad; mientras que el bracero lograba el pan trabajando esa propiedad ajena durante los períodos en que las principales faenas del campo, constituídas por la siembra y recolección de cereales y granos pardos requerían su concurso. Después, a vivir de milagro sobre la tierra inclemente, porque las labores normales de todo tiempo y los cuidados del ganado apenas representaban fuente de ocupación para el labriego. Y así nació el latifundio en la España del Centro y del Mediodía.

La gran propiedad, deficientemente cultivada, se destaca desde el siglo XVI; el pueblo rural español no tiene más salida que ser siervo de la gleba; y cuando la servidumbre desaparece en la ley escrita, queda incólume en la vida económica. No tiene el pobre, en el ambiente rural, más lenitivo que el que le proporciona la existencia de los bienes comunales, y estos caen al golpe desamortizador del siglo XIX, en el que la buena intención individualista de Jovellanos es aprovechada por el egoismo de los terratenientes, nobles y mesócratas enriquecidos, que insaciables en su afán de "poseer y dominar" a través de la tierra acaparada, destrozan el patrimonio comunal de los Ayuntamientos y dejan definitivamente al campesino reducido a la categoría de jornalero con salarios adventicios y miserables.

Destruída pues, la tradición netamente española del aprovechamiento comunal de las tierras labrantías y de pastos —un ejemplo de ello está en el pleito de Alburquerque, con sus famosas 45 hectáreas de baldíos—, la agricultura del gran cultivo de secano en España marcha por los derroteros del capitalismo individualista, que se apodera de la tierra para hacerla objeto de renta y de dominio sobre el censo pueblerino. Y así, desde mediados del siglo pasado se destaca un movimiento que engendra una clase de grandes propietarios o terratenientes, los cuales suman sus bienes raíces, con los adquiridos por una bagatela, y por el empleo de las malas artes de las subastas amañadas, principalmente con los que eran bienes eclesiásticos y municipales, convirtiendo los comunales del patrimonio colectivo en bienes de propios, para obrar dentro de una apariencia de legalidad. Y así, al final del siglo y principio del corriente, nos encontramos con que en el medio rural del interior de la Península —la periferia del Norte y del Levante mediterráneo se libran en parte de esta modalidad—, impera el latifundismo, exacerbado por la práctica del absentismo, y siempre sometida por la genuina creación de un nuevo orden campesino que tiene su personificación en la figura del "cacique".

Así, pues, el campo español en más de sus tres quintas partes, queda en poder de los grandes propietarios —nobles herederos de señoríos y encomiendas, y nuevos ricos de origen curialesco y usurario—, los cuales para la consolidación de su poderío, tejen la urdimbre del caciquismo rural, se adueñan de los Consejos, Juzgados municipales, y Diputaciones provinciales, y terminan encaramándose en los puestos representativos de tipo parlamentario y en los más elevados del Poder Ejecutivo.

¿Y el pueblo agricultor, entre tanto? Pues constituye la masa anónima de braceros a jornal y de propietarios o arrendatarios de pequeñas parcelas, con cuyo producto no puede vivir, y que para seguir, aunque sea arrastrando una vida miserable, creada por la inseguridad e insuficiencia de esa producción de secano obtenida de una media anual de 400 milímetros de agua mal distribuídos, tiene que entregar al cacique o a su representante, el voto en las urnas y la conciencia en las iglesias. Y si no se somete, si siente rebeldías o simples ramalazos de dignidad, ya puede despedirse del jornal en la siega o del pedazo de tierra que tiene en arriendo, aunque éste sea caro y exigido en dinero o en especie, sin la menor consideración de tipo humanitario frente al riesgo de la producción de nuestro cultivo, que acusa tres malas cosechas de cada cinco.

Así llegamos en España a los umbrales del movimiento liberador de la República de 1931. Con el pueblo rural sometido a través de una esclavitud personal que bordea los linderos de la abyección. El trabajador de nuestros cortijos, olivares, dehesas, majuelos y de los variados cultivos de secano vive miserablemente, y soporta sobre sus depauperadas espaldas, todo el aparato político y social del régimen monarquico.

Pero son tantos los yerros del antiguo régimen, que un grupo formado por trabajadores de la inteligencia y hombres de profesiones liberales se considera obligado a iniciar como ocurre siempre, el movimiento liberador, y despierta con sus prédicas, la conciencia colectiva del trabajador explotado, diciéndole solamente la verdad, y nada más que la verdad. Por ello surge con ímpetu irresistible la República, que trae entre sus compromisos más firmes el de hacer justicia al proletariado campesino con una reforma agraria (redistribución de la tierra) y una política agraria (nuevo código rural), que mejoren la situación del trabajador en todos los aspectos deficitarios de la producción del agro y de las leyes que lo rigen, abatiendo todo lo que, "pro domo sua", había legislado en el período del mando de los Austrias y Borbones, la clase dominadora.

Y así en esta ingente tarea, nos alcanza el año 1936, año en el que una fatal coincidencia de la reacción española con los planes internacionales de los totalitarios, inicia la labor de aplastamiento de la República Española y de su programa de justicia social, que completa en 1939 con la complicidad y la ceguera de las democracias europeas y americanas —sálvese el que pueda—, que ahora ven, claramente, cómo el conflicto español no era un pleito doméstico, sino el prolegómeno del ataque nazi-fascista contra la democracia, y cuya lucha hubiera sido muy otra, de haber estado en pie la República Española.

x
x x

Y ¿en México? La trayectoria de su problema agrario es bien conocida, y no voy a tener la pretensión de analizarla, cuando plumas más bien cortadas que la mía, al servicio de hombres muy conocedores del caso, lo han expuesto con todo género de detalles. Pero lo cierto es que la tierra, mejor dicho, el afán de posesión de la tierra, acaparándola, se pone de relieve desde el momento mismo de la Conquista.

El aventurero de entonces, se distribuye bonitamente la tierra mexicana, y si tiene alguna reyerta es con el compañero de aventura que le disputa los límites del reparto, y convierte al indio a la religión, y a la esclavitud de paso, para que le trabaje la tierra apropiada por derecho del más fuerte.

Y así se llega al fin del periodo colonial. Y se independiza el mexicano trabajador; pero esto es políticamente, porque la dependencia económica subsiste, acentuada por la legislación, que se promulga al servicio del capitalismo. Y en México, "el pelao" en forma más o menos subconsciente, lucha durante un siglo por la tierra y la libertad, como dicen los estandartes de las magníficas pinturas murales de la revolución. Y con sus hombres liberales y a través de las décadas del pasado siglo, unas triunfadoras y otras infaustas, por el triunfo de la reacción de tipo territorial predominante, llega hasta 1910, presentando en esencia el mismo problema agrario que España: la posesión de la tierra y la libertad del hombre para trabajarla y vivir en ella. Es decir: primero la supervivencia del trabajador campesino y de su dignidad como hombre; después a lograr el perfeccionamiento de los demás factores, internos y externos, de la producción agrícola: elementos de cultivo, técnico, mercados, comunicaciones, cooperativismo, etc. etc. Pero el primer paso, el fundamental, el que libera a la tierra y al hombre en México, ya está dado con el triunfo y consolidación de su movimiento revolucionario.

x
x x

Y este es precisamente el punto donde ya se separan las trayectorias del problema en España y en México; donde cesa el paralelismo: porque aquí ha triunfado el campesino y en España ha sido vencido.

Al menos hasta ahora.....

En el próximo número, empezaremos a publicar las respuestas recibidas a la primera encuesta, de "LAS ESPAÑAS"

"¿Cómo debe, a su juicio, estructurarse la España del futuro?"

PAGINAS HISTORICAS

- Gibraltar -

LA guerra llamada de sucesión, fué para España una de las más grandes calamidades de su Historia. Dos casas extranjeras, la de Austria que la había conducido al borde de la ruina y la de Borbón que habría de consumarla, se disputaban el "gobierno" de la Monarquía.

Castilla se pronunció por los Borbones, y los pueblos de la antigua corona de Aragón, apegados a sus fueros y libertades, por el Archiduque. Unos y otros fueron traicionados, porque ni el "Rey" ni el pretendiente luchaban por concepciones distintas del Estado ni en interés de sus pueblos, sino por la hegemonía en Europa de la Casa de Austria o la de Francia.

Las grandes potencias vieron otra oportunidad de saqueo, otro momento propicio para aniquilar al gigante. El Austria y el Borbón compraban ayudas a costa de la soberanía y de las riquezas de España.

El día 2 de agosto de 1704, el príncipe Darmstadt, antiguo mercenario al servicio de España, tomó Gibraltar a nombre del Archiduque.

Fué, luego de batallar varios días sus hombres y su escuadra contra un centenar de defensores —civiles y soldados— que se batieron bravamente, y luego de prometer el vencedor que respetaría religión, bienes, casas y privilegios; "condición que no fué cumplida, porque los templos fueron profanados, las casas saqueadas y los vecinos tratados con todo el rigor de la guerra."

Posesionados los ingleses, comenzaron a fortificar la plaza como si ya nunca hubieran de salir de ella. Tal era su propósito, tal ha sido siempre cuando han logrado poner la planta en cualquier lugar de la tierra.

Inútiles fueron todos los tratados y promesas, todas las seguridades repetidas por el Rey británico a lo largo de inacabables negociaciones, de que Gibraltar sería devuelto. El parlamento inglés se oponía a soltar la presa. Pretendía, que a cambio de una plaza tomada a nombre de uno de los bandos en lucha, se le entregaran la Florida, o la parte española de la isla de Santo Domingo; mas como el Borbón insistiera en que la devolución había de ser sin contrapartida, conforme a derecho, tal como había sido la promesa, "el monarca inglés le escribió una carta asegurándole que estaba pronto a complacerle ofreciendo aprovechar la primera ocasión para terminar este asunto de acuerdo con el parlamento. Dió Felipe fe a esta palabra y procedió a firmar la paz."

El inglés no cumplió su palabra, acreditándose de lo que era, y el Borbón de lo que había sido siempre, un mentecato lleno de ambición y de soberbia, manejado por intrigantes extranjeros.

Pese a todas las protestas diplomáticas y todos los intentos de reconquista, Gibraltar siguió siendo una posesión más de su Majestad Británica, un jalón del imperio más nefasto para la humanidad que registra la Historia.

Hoy, 242 años después de aquella rapiña vergonzosa, Gibraltar sigue siendo un pedazo de tierra española ocupada militarmente por quienes hablan de libertad y de derecho como fórmulas de convivencia.

"DOS ESPAÑAS"

(Viene de la pág 1)

no es España y, lo mismo que con él los pueblos de América no pueden dialogar, los auténticos españoles tampoco.

España es la variedad de sus pueblos con raíces prehistóricas y que, a pesar de todos los dominios o de todos los intentos de unificación violenta, resurge cada vez más vigorosa. Es la formadora de altos valores humanos y de una cultura fecunda. Es espíritu y libertad, personalidad celosamente mantenida y, a la vez, sentido de universalidad. España es la de San Isidoro amonestador de los reyes que querían imponer el Catolicismo—religión de amor por la fuerza— la de Oliva de Ripoll iniciador de la Paz y Tregua, la de los Arzobispos creadores de la Escuela de Toledo, en que musulmanes, judíos y cristianos daban a conocer al mundo la filosofía de Aristóteles restaurada. la del fuero de Tudela regulador de los derechos de las tres confesiones y de su administración autónoma dentro de la ciudad; la de Juan I de Aragón que castigaba los desmanes de la persecución de los judíos. Es muy especialmente la España de los fueros municipales y de la democracia ciudadana de las Cortes de todos los reinos y muy especialmente de las catalanas que legislaban por derecho propio y de las que sale un gobierno popular—la Generalidad—practicando la doctrina de la soberanía de la nación. Es la de los juristas y los escritores políticos que formulan en Cataluña la teoría de la democracia—Eiximenis, Gualbes, Cáncer—o de los de los siglos XVI y XVII en Castilla que se esfuerzan en limitar el absolutismo y en mantener que el rey debe el poder a la "república", crean el derecho internacional y defienden a los indios—Victoria, Fox Morcillo, Menchaca, Suárez, Mariana, Saavedra Fajardo. Es la de los artistas y escritores, la de Cervantes y de Lope de Vega, inmortalizador de la rebelión de Fuente Ovejuna contra el despotismo militar; la de los Comuneros, de las Germanías y de la defensa de las libertades catalanas por Pablo Claris o por los barceloneses de 1714. La de los pueblos renacientes creadores de nuevas literaturas—Rosalía de Castro en Galicia y los catalanes, entre los que Maragall canta la España múltiple. La de Prim y Pi y Margall que saben comprender las ansias de libertad del pueblo cubano. La de la República que iba a organizar la verdadera España y la que supo luchar varios años por defenderla, abandonada de casi todo el mundo. En fin, es la de García Lorca, fusilado por la guardia civil franquista, y de Machado, fallecido en su éxodo doloroso, acompañado por otros poetas, artistas y profesores, en medio de las masas del pueblo republicano que prefirió las penalidades del exilio a vivir sin dignidad en España o la que gime en las mazmorras de Franco.

Esta es la España perenne y gloriosa. Ella se ha visto repetidas veces arrojada de su patria o ha salido de ella cuando el ambiente de sus dominadores se hacía irrespirable. En el siglo XVI, Servet, Valera y Luis Vives; a principios del XVIII, los emigrados de la guerra de Sucesión: los liberales de 1814, de 1823, de fines del periodo isabelino o los de ahora. Al volver los de la emigración fernandina o los que huían de las persecuciones de la reacción "moderada" realizaron el renacimiento de la España moderna. Un día volverá la actual emigración y se continuará la autentica historia de España.

MIS PRECEPTORES

(Viene de la pág. 3)

y veíase de vez en cuando un solitario que se apartaba hacia los linderos del monte, buscando en la pulsación de los astros las resonancias infinitas de su fiebre mortal. Cuando alguien pidió, de improviso, que nuestro labrador cantara; lo pedían como si la comarca supiera de antemano lo que para mí había sido una fascinante sospecha. El, durante la danza, se mantuvo en su actitud habitual, sentado, silencioso, como participante en un oficio y con su traje negro, por tanto, de las fiestas; al llegarle la petición de los concurrentes, movió la cabeza como denegando y con una confusión de acorralado; su mujer, de pie junto a él, dióle una palmada en el hombro, cual si le alentara; entonces mi madre, tomando por sí misma un vaso de aguardiente y ofreciéndoselo, le renovó la súplica; él, sin levantarse, lo bebió de un trago, sintiéndose vencido mientras las gentes celebraban con risas el trance tan gentil y a un gesto suyo, a poco, la mujer le trajo su guitarra. Vi cómo la ajustaba a su regazo, templando las cuerdas; su mano diestra, que había visto yo tantas veces arrancando la maleza de los sembradíos o esgrimiendo el azadón, pulsó unos arpegios, con la cabeza ladeada, mirándose la guitarra entre sus brazos; murmuró a media voz: "Por la Señora y con su dispensa", y como enfurruñándose de pronto, dió suelta a su canción. Le daba suelta, es verdad, eso quería, aunque la canción penaba por salir y el hombre, como ar ullándola y haciendose daño, acababa por desprenderla, gota a gota, de su encarnizamiento. El efecto no era el del resplandor medular que ciertas emociones sublimes nos transmiten, era más bien como de encogimiento de entrañas y su foco de acción parecía asentarse en la boca del estómago. Era una voz de arranque prisionero, llagada de querer y de arrancarse rasguños de hermosura y en su acento se desmayaba un negro aire viril; las palabras apenas podían entenderse en el claroscuro con que nacían a la noche, aunque ciertas expresiones recogidas al azar, como cárcel, paloma, ojos y "sangre de Cristo" se ceñían bien como letra al espíritu de nuestro estremecimiento. Escuchaba yo aquella confesión estentórea entre las rodillas de mi padre, asomado a sus brazos cruzados como a un balcón, semejante a un animalillo al que sorprende la vida y muerte en manos de los hombres; en círculo de sirvientas, mi madre, en su mecedora, se abanicaba y miraba yo las áridas montañas y el fulgor estelar de la existencia y era como una vida plena que a poco fuera a extinguirse. Años habían de pasar antes de que pudiera registrarlo con estas palabras. Y así, cuando minutos después, el bullicio reinaba de nuevo en aquella extraña asamblea y escanciadores, danzantes y troveros, componían un cuadro festivo y gracioso, en el que la vitalidad y la despreocupación prestaba su zozobrante arrojo a la ligereza, se comprendía bien, no sin cierto zarpazo cordial, que todo aquello sucedía en la presencia cegadora de la muerte, que todo aquel júbilo profundo se esparcía con aquella efusión porque todo había de morir, que aquellos tres saltarines y aquellos contoneos y aquellos labios húmedos y la locuacidad y fragancia de los decires y aquel entrelazarse de hombres y mujeres en tan patético frenesí y viveza de los ojos y olvido de las conveniencias, amos y criados en la luz de un repentino rapto y tañer y brindar, y bailar y besar, vivían su ardor por la revelación aterradora y que del zumo de aquella voz de la muerte viva que todos habíamos escuchado, medio lívidos, como el que se asoma a una prohibida verdad, extraeríamos eternamente los españoles el desgarro y las virtudes de nuestra convivencia.

Mentidero...

(Viene de la pág. 7)

dos o tres naipes, un guante roto, cáscaras de cacahuates y bastantes migas de pan o de bizcocho.

Por contraste, la de Campo Alange era mujer extremadamente limpia y precursora de Benavente en la creación de aquella frase: "¡Cuántas veces un corsé viejo salva la virtud de una mujer!". La condesa decía:

—"Las mujeres debemos cuidar mucho nuestro interior, porque sabemos a qué hora nos vestimos, pero ignoramos a qué horas nos vamos a desnudar".

Carlista acérrima, detestaba a Mendizabal, a quien acusaba de ladrón.

—Pero, condesa, —argüía Cánovas— si el autor de la desamortización ha muerto pobre.

—¿Cómo? ¿Además de ladrón, pródigo? Yo creí al menos que había robado para sus hijos.

Tan mal concepto le mereció el ministro Elduayen, que si le afirmaban que se trataba de un hombre respetable, contestaba:

—Sí. Respetable. Como los Niños de Ecija que hubieran llegado a su edad.

Del marqués de Molins decía —y no le faltaba razón— que "era un carpintero de hacer versos".

De una señora, que se conservaba todavía guapa y cuyas hijas llamaban la atención por su belleza, opinaba:

—Nada tiene de particular. La madre es guapa y los padres escogidos.

Ya viuda mantuvo un corto amartelamiento con el marido de Isabel II. Cuando el rey don Francisco de Asís le visitaba, podía verse la carroza real ante la puerta de su casa. Aquello terminó. Pero pasado algún tiempo la condesa sorprendió nuevamente la carroza frente a la puerta de otra aristócrata que vivía frente a su casa. Un día esperó la visita del rey a su vecina. Se llevó el piano cerca de un balcón. Y cuando don Francisco de Asís volvió a tomar su carroza, la condesa estrepitosamente hizo sonar en el piano los acordes de la Marcha Real

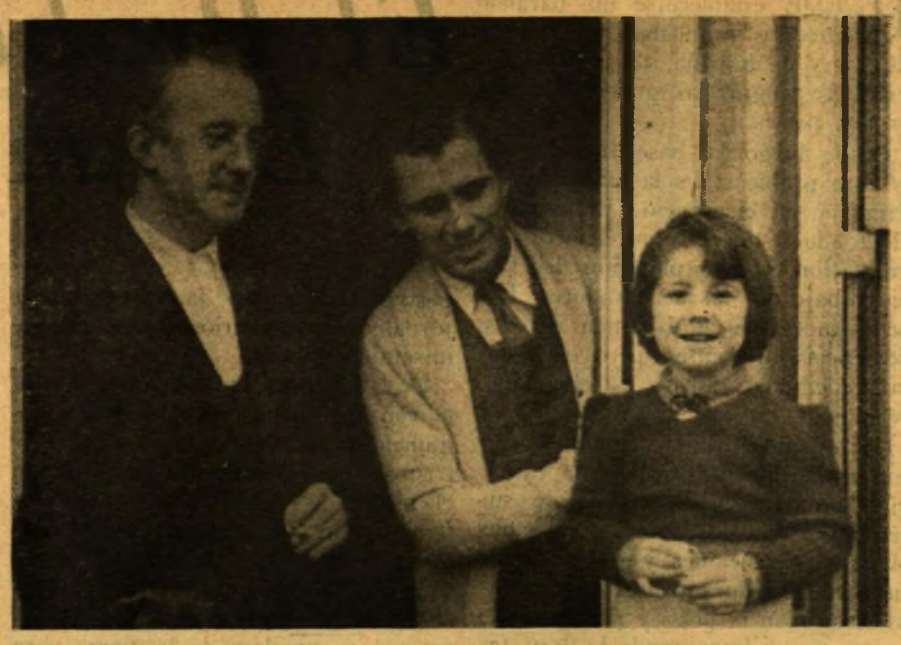
Es conocido el empeño que los ingleses pusieron en que no se realizase el matrimonio de Isabel II y don Francisco, al que pretendieron sustituir por el infante don Enrique. El embajador inglés en Madrid, míster Bulwer, realizó repetidas gestiones, que no cesaron con la consumación del matrimonio, pues Inglaterra insistía en su anulación por motivos canónicos. Esto lo sabía el rey. Y en cierto besamanos en la corte, al saludar la condesa de Campo Alange al rey, le agregó irónicamente:

—Señor, mis respetos más profundos juntamente con los de lord Palmerston.

José Fernández Bremón, cronista de "La Ilustración Española y Americana", hombre reaccionario, no tuvo inconveniente en dedicar a la condesa, en la fecha de su muerte en 1885, unas líneas que pueden ser leídas:

"Cuando a los títulos nobiliarios no se unen cualidades personales, que sepan mantener su brillantez, ni el ingenio más agudo vale para sustituir a aquellas cualidades".

LAS ESPAÑAS
Revista literaria
Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., el 7 de Noviembre de 1946
Redacción y Administración
Av. Yucatán 34-A
Editores.
Manuel Andújar, José Ramón Arana y José Puche Planas.



El escritor francés Paul Eluard, gran amigo de España, acompañado por el poeta Manuel Altolaguirre y su hija Paloma.

Despertar de Luis Cernuda

(Viene de la pág 1)

Pero anotemos una circunstancia. El poeta al hundirse lo hace dentro de un elemento propicio a los más altos vuelos. Con razón dice: "Almohada, alas de pluma", es decir, que al hundirse quiere elevarse a un sueño más alto que la vida, y para ello se abriga en la más esponjosa molicie, en una insensible anulación de su tacto. Para perder noción de sus límites se anega en plumas, esa leve materia que antes vivió en dos alas.

En lo que pudiéramos considerar la primera parte de su obra poética el poeta sueña y piensa que vive. Y aún más: vive a la sombra de otros sueños.

"Arboles a la orilla soñolienta del agua", a la orilla de otros sueños, bajo un aire que lo adormece todo.

Hasta que un día... ¿Quién no ha despertado con el llanto de España?

"Flores de luz despiertan a lo lejos". Y Luis Cernuda ha cortado esas flores. Lejos de su patria, como yo lo estoy, bien despierto en la soledad del destierro, nos ofrece una nueva poesía luminosa también, iluminada por el fuego interior de una apasionada conciencia.

Un poema de los más reveladores de este poético tránsito es el que dedica a la resurrección de Lázaro. Un despertar del alma, la del poeta, que desde ahora tiene una estrella que seguir, la única verdadera esperanza.

AYUDE A LAS ESPAÑAS

Suscríbase, propáguelo, ayude a hacer de ella una revista para todos los españoles que luchan y laboran por una España mejor.

El Pintor y la Obra

(Viene de la pág. 16)

ese palpitar del mundo considerado como una unidad vital, en aquella convergencia con el espíritu humano en que se hace inteligible a éste como consecuencia última del conocimiento sensible. La ciencia moderna, —la física y las matemáticas—, han llegado a conclusiones escalofriantes a este respecto, hasta el extremo de destruir toda noción intelectual de lo inmóvil y de lo definitivo. En el terreno ético, plástico y poético, a los artistas nos toca establecer la evidencia sensible del carácter absolutamente dinámico del barro que nos forma.

El movimiento barroco en la pintura de los siglos XVI y XVII (Tintoretto, el Greco, Rubens) no hizo más que apuntar esta realidad rompiendo las leyes estáticas de la antigüedad clásica, pero sin llegar a plantear ni a comprender el caracter físico de la conjunción de la materia y el espíritu en una unidad energética y dinámica que puede ser percibida plásticamente.

En su intención subjetiva, mi pintura intenta, sobre todo, destruir las apariencias estáticas de los elementos del mundo visual, ya sea inculcando directamente a las formas una especie de tendencia interna al movimiento, o bien emplazándolas dentro de un ritmo dinámico que las haga girar vertiginosamente, no sobre su propio eje, sino como los astros y las galaxias, dentro de un constante desplazamiento hacia rumbos desconocidos.

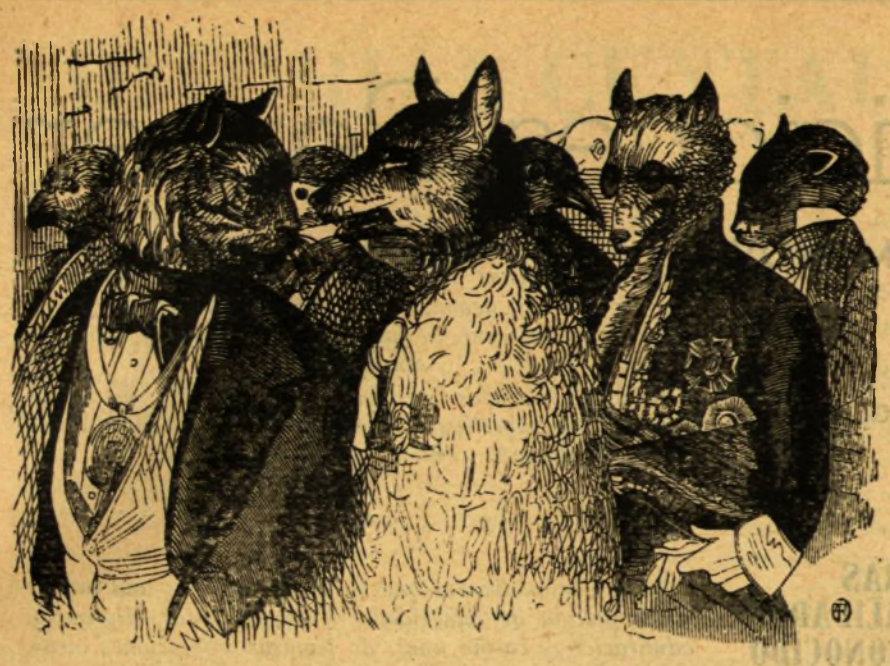
En lo que a la parte técnica se refiere, tengo puestas toda mi ambición en la pintura mural como medio más adecuado, por sus dimensiones y naturaleza física, para expresar mi pensamiento. En el mural que estoy realizando en Cuernavaca (5.00x28.00 mts.), espero realizar un primer intento en gran escala de este concepto dinámico: en el asunto general que titulo "España hacia América" considero la etapa histórica a que me refiero, mas que como una suma o sucesion de personajes y anecdotas, como un **impulso dinámico** del tiempo en el que las personas y los hechos mismos no son más que la expresión episódica del movimiento general, considerado como protagonista. Mi empeño fundamental en esta obra, es el que ese **impulso** de España hacia América considerado en sí mismo, sea tan visible como elemento abstracto primordial, en su calidad de movimiento, como los mismos elementos concretos que animan a la composición desde el punto de vista representativo.

EMILIA PARDO BAZAN

(Viene de la pág. 9)

zos de Ulloa", en donde la húmeda Galicia —tierra natal de la Condesa— se pinta así: "El baile en el atrio lleno de luz, el templo sembrado de hinojo y espadañas que magullaron los pisotones, alumbrado más que por los cirios por el sol que puerta y ventanas dejaban entrar a torrentes, los curas jadeantes pero satisfechos y habladores, el santo tan currucato y lindo, muy risueño en sus andas, con una pierna casi en el aire para empezar un minueto y la cándida palomita pronta a abrir las alas, todo era alegre, terrenal, nada inspiraba la augusta melancolía que suele imperar en las ceremonias religiosas". De este paisaje interior escápanse vaharadas del fino humorismo que parece consustancial con todas las **plumas** gallegas.

Y muere la buena amiga de Galdós, la atrevida y batalladora dama, siguiendo el vuelo del canario al más allá, a un año de distancia detrás de el creador de "Fortunata y Jacinta": en 1921. Pudo todavía ver la Condesa, con un rictus de amargura en el rostro, cómo al entierro del autor de "Los Episodios Nacionales" —¡y en la capital de España!— asistía menos gente que al del torero Joselito. Si alzara la cabeza y leyese las novelas escritas por las nuevas generaciones, quizás dijese: "Para esto no valía la pena de que me hubiéseis olvidado tan pronto".



GRABADO DEL SIGLO XIX

España en el Recuerdo

(Viene de la pág. 9)

localistas, casi siempre inofensivos. Oviedo y Gijón, Candás y Luanco, Pravia y Piloña... Así, como un ejemplo, dicen los de Luanco:

"De Candás, el Cristo y no más,
y si me apuran un poco,
¡ni el Cristo tampoco!"

Pero todo ello no llega al río, porque nadie es más que nadie, pues con la excepción de la ciudad y capital, que no presume de serlo, y de Gijón, que tiene categoría de ciudad, todas las condensaciones urbanas, presididas por la de Avilés, son villas y poseen características que las semejan mucho, sobre todo las llamadas Polas: de Siero, de Somiedo, de Laviana, de Allende. No hay gentes más optimistas en el mundo, más dispuestas a la risa que los polesos de esas antiguas Pueblas, cuya historia registran amarillos Cartafueyos, casi todos perdidos felizmente. Entre esas deliciosas villas asturianas ha de destacarse —perdonen las demás— la Pola de Siero, cuyos polesos conservan mejor que nadie la tradición de las romerías y cantan con la voz más entonada, en aquel frondoso castañedo del Carmín, el romance de la milenaria Danza Prima:

¡Ay! un galán desta villa
¡Ay! un galán desta casa
¡Ay! de lejos que venía,
¡Ay! de lejos que llegaba.
—¡Ay! diga lo que él quería,
¡Ay! diga lo que él buscaba
—¡Ay! busco a la blanca niña,
¡Ay! busco a la niña blanca..

Esta es Asturias, mi Asturias, llamada por su belleza natural la Suiza española: una pomarada, un hórreo sobre los cuatro pegollos, unas vacas rubias en un prado muy verde, que limita un regato saltarín. Al fondo del paisaje una alta montaña. Una mocina que viene de la fuente, la bruñida herrada en la cabeza, y abre la portilla de la quintana. En el aire una canción.

Mariano José de Larra

(Viene de la página 3)

tico a cualquier brote progresista aún colea. Por reflejo inerte, los sectores de auténtica índole popular se distanciaron de nuestra vigorosa tradición, no extrajeron —con bastante ímpetu, con suficiente tenacidad— su enseñanza reivindicadora e igualitaria. Y en ese cebo siguen picando los peces. En este orden de cosas, el pecado de Larra fué el de su tiempo.

El panorama con que él se topó era enervante, desolador. Imaginémonos—en función de síntomas y espurgado lo pintoresco— que por 1833 había en Madrid 816 tabernas y buen número de cafés, que las calles de la Corte constituían un mapa de lodazales, con legiones de mendigos harapientos, que bullía en ellas el ritmo mular de la haraganería burocrática, que la gente se bañaba de tarde en tarde, por el verano; que los tribunos y bullangueros de los clubes, en la rotación de los cortos triunfos democráticos, se desfogaban con discursos y proclamas de un declamatorio subido y festejos de barriada, sin tocar en un ápice la concha feudal del país. Es una "sociedad de ociosos y parlanchines", en que se derrocha el ingenio y escasea la substancia. Si acaso, tímido suceso discordante en el páramo: funda doña María Cristina el Conservatorio de Música. Reina nuestra señora la gárrula tertulia; la clase media, sin entronque con la evolución económica que por doquier la propiciaba, se pega como una lapa al beaterio, al Trono y a las oficinas.

Larra se asoma, en una rápida pero jugosa excursión, al interior de España, sin recorrer la periferia, y vuelve al redil más agrio y crítico, más severo, más virilmente pesaroso.

"Ni habitaciones ni pueblos, ¿dónde está la España?"

El mismo, socavado por la ramplonería que le exaspera, ve con infinita decepción la inanidad de su escapatoria a la actividad pública, la grotesca impotencia de su acta de diputado por Avila, su ineptitud para esos menesteres.

Y el "afrancesado", el "periodistilla", se enreda, quizás sólo por un impulso desesperado, por ejemplar intuición, en un choque desigual, aislado, con la cominería que le rodea. Es un cementerio el paraje donde sus reflexiones alzan el vuelo caudal, con sabor y profundidad que nos parecen de hoy, porque ese "Día de Difuntos" no ha desaparecido.

Fígaro entiende, y lo prueba saltándose la tapa de los sesos, "que la literatura es y será siempre no una causa, sino un efecto". Su derrota fué el anuncio inequívoco de los posteriores reveses. He aquí el motivo —nada pesimista, más bien riguroso— de evocarlo ahora, al cruzarnos con las sartas de cadáveres que deambulan con infulas de seres.

Para Larra el único tema con variantes —el de su pasión, el de su ilusión— era España y su destino preso. Lo formuló con lenguaje castizo y propio, enjuto, cortante y sincero. Es el antípoda del escritor mercenario, habilidosillo. Y su acusación perdura, que andamos a trompicones por los dislates que a él lo emponzoñaron. De aquel suicidio suyo, ¿quién es el más culpable?

Eugenio Noel planteaba la conclusión certera:

"Un hombre puede matarse. La sociedad no debe permitir que ese hombre se mate; más aún, no debe ofrecer a ese hombre ocasiones para que se mate bajo ningún pretexto".

En la ONU

Sigue el Dr. Giral pidiendo justicia para España. La pide a media voz, opacamente, sin este gesto, tan español, que los mercaderes llaman altivo y que nace de la desesperación y el asco producido al mirar la fullería y la trampa, la rapiña y la violencia sobre la razón y el derecho.

El Dr. Giral arrancará algún día otra condenación para el franquismo. Será más o menos explícita, más o menos unánime, pero los mercaderes seguirán negociando con el hombrecillo "traidor a su traición misma", que dicen aborrecer.

El Dr. Giral habrá de retirarse entonces a sus "cuarteles de invierno": podrá dormir su sueño de hombre honrado en espera de otra Asamblea donde llevar su media voz, esa borrosa miniatura de la voz tremenda, amarga, desesperada de su pueblo.

El Dr. Giral, recuerda aquella sombra meláncolica del Negus de Abisinia, perdida en los salones de Ginebra, borrada en el destierro por la sordera universal que llevó al mundo a la matanza y la miseria.

España recobrará su libertad, la ganará de nuevo a golpes de sangre, y cada español, repetirá incansablemente, por generaciones y generaciones la historia de estos días. "Erase una vez una pandilla de desalmados mercaderes"...

★

En la U.N.E.S.C.O.

La UNESCO, decidió no invitar al Gobierno legítimo de España a colaborar en sus tareas. Francia, Checoeslovaquia y Polonia defendieron el derecho del pueblo español. Lo defendieron ardientemente, como viene haciéndolo México, como lo hace la U. R. S. S., como han empezado a hacerlo los pueblos dueños de su destino.

Sin embargo, España no fué admitida.

España tiene algo que decir, algo que puede resonar en la conciencia de los hombres como cosa nueva, recien descubierta, y que no es sino su viejo sentido de la vida, su entrañable sentido de hombre y de la dignidad; su preocupación de ser, no de estar, por —y no en— la libertad y la justicia.

España tiene algo que decir, pero la muerte gusta del silencio.

★

En Puerto Rico

El Parlamento —o Asamblea— de Puerto Rico, votó que el idioma español fuese el idioma oficial de su Patria. El Sr. Gobernador puso el veto. El Parlamento —o Asamblea— volvió a votar que el idioma español fuese el idioma oficial de su Patria, y Mr. Truman ha puesto el veto. Los portorriqueños están en su casa, pero tienen un concepto romántico de la vida. Se han indigestado de literatura, de aquella literatura decimonónica que empieza en "HERNANI" y acaba en la "Carta del Atlántico".

Mr. Truman tiene un sentido más real de las cosas. Sabe, que el verdadero idioma oficial en el mundo nada tiene que ver con la garganta humana. Sale de otras gargantas que se fabrican con torrentes de oro y que tienen un vigoroso retumbar de acero.

★

En México

En México sigue sonando la voz de Juárez "el impasible"; el impasible apasionado que era. No estaría de más que su famosa frase fuese gravada sobre las puertas de la O. N. U. "EL RESPETO AL DERECHO AJENO ES LA PAZ".

GRABADO DEL SIGLO XIX

"HUELLA"

Arturo Mori

En el balance de las actividades de la emigración republicana en México, ocupa lugar sobresaliente la "AGRUPACION PROFESIONAL DE ESCRITORES Y PERIODISTAS ESPAÑOLES EN EL EXILIO".

Cuatro años de funcionamiento ejemplar y una línea de conducta llena de esfuerzos y de fervor por España, le han conquistado el firme prestigio, la autoridal moral que entre nosotros disfruta.

Entre los escritores y periodistas españoles acogidos a la generosa hospitalidad de México, había un fuerte deseo de unidad, un propósito firme de juntarse por encima de las diferencias aparentes que han dividido las fuerzas de la democracia española, y, a iniciativa de un grupo lleno de dinamismo, en el cual se contaba nuestro querido amigo Rafael Torres Endrina, —fallecido recientemente—, fué fundada esta entidad, verdadero ejemplo, modelo admirable de convivencia y de trabajo.

El primer Presidente y el primer secretario, reelegidos cuatro veces consecutivas, y que figuran aún al frente de la Agrupación, fueron, respectivamente, Arturo Mori y Emilio Criado Romero, dos figuras que entroncan con la mejor tradición de nuestro periodismo, dedicado a defender la causa de la libertad y a combatir las tiranías que han ido sucediéndose en España.

Por las juntas directivas, nombradas siempre de manera democrática, desfilaron luchadores de la pluma de todas las tendencias; porque las normas de la Agrupación, no sólo permiten, sino exigen, que formen parte de la misma periodistas y escritores de todas las tendencias políticas y sindicales adictas a la Republica

Solidaridad, propaganda republicana, cultivo de las buenas relaciones con los periodistas avanzados de México, homenaje a destacados miembros de la Agrupación muertos en el destierro, he aquí algunas de las actividades de la entidad, preocupada en todo momento por los problemas de España, atenta al latido de nuestro pueblo

La Agrupación pensionó, durante seis meses, a veintitantos asociados, acudió a cuantas necesidades urgentes se produjeron en su seno, y extendió su ayuda a compañeros no afiliados, en demostración práctica del amplio espíritu que la anima.

La actividad de sus dirigentes ha sido incansable. Citemos como ejemplo, la fiesta celebrada en el Teotro Hidalgo, en la que recaudaron varios miles de pesos, enviados inmediatamente a los periodistas y escritores refugiados en Francia; su participación en las Ferias del Libro mexicanas, con un pabellón que fué la única presencia colectiva de los desterrados, la única representación de España, presencia y representación sólo interrumpida en la que fué celebrada este año, cuando, a petición del Gobierno de la República, que organizó el Pabellón de España, la Agrupación prescindió del suyo.

Ha organizado, también, veladas necrológicas en honor de Antonio Zozaya, Roberto Castrovido y Enrique Diez Canedo, escritores republicanos de imborrable memoria, que agruparon en el Palacio de las Bellas Artes a las más ilustres figuras de la intelectualidad mexicana. Es de recordar, el banquete ofrecido en el Centro Vasco por los elementos progresivos del periodismo mexicano a sus compañeros desterrados, en el que fué entregada a su Presidente, —Arturo Mori— una bandera tricolor española.

Al cabo de tres años de diarios mensajes, la emisión "La Voz de España", portavoz radiofónico en XEFO, Radio Nacional, de la Agrupación, se ha convertido en fuente informativa, en palabra orientadora para los emigrados. Por sus noticias del momento, el sereno optimismo que la inspira y, singularmente, por su infatigable campaña unitaria, significa una labor patriótica de los periodistas republicanos españoles.

A estas realizaciones, que en sí tienen ya su elocuencia, la Agrupación ha sumado un boletín quincenal —"Hora de España"— que se envía gratuitamente, repartiendose también en cafés y establecimientos populares frecuentados por emigrados.

Admirable tarea, modesta y abnegada, de hombres que dedican a la entidad sus contadas horas libres, lo mejor de sus esperanzas

Arturo Mori, Emilio Criado Romero, Alvaro Pascual Leone, "Magda Donato", Luis Suárez, Abel Velilla y Liberto Calleja forman la Junta Directiva de la Agrupación de Periodistas y Escritores Españoles en el Exilio, la única formación política de la emigración en México que abarca todos los matices del antifranquismo, que en España continuará la misma alta función, fraternal y unitaria, respaldada por una obra en el destierro que es orgullo de la emigración española, y que pocos han igualado y nadie ha conseguido superar.

E. Criado Romero

"LAS ESPAÑAS" no se debe a ninguna capilla literaria, ni está obligada con ninguno de los sectores que componen la emigración política española. Es una revista literaria absolutamente independiente, que aspira a ser un instrumento más en la reconquista y reconstrucción de España, en la difusión de nuestra cultura, en el conocimiento y exaltación de nuestros valores.

Todo los pueblos de España, todas las Españas, son para nosotros igualmente entrañables. Consideremos voz tan española la de Maragall o la de Rosalía de Castro, la de Miguel de Elzo o Domingo de Aguirre, como la de Fernando Villalón, la de Federico la de Galdós o la de Antonio Machado.

Y si en esta integración ideal de España incluimos a Portugal, es, considerándolo, sin sombra de intención imperialista, uno de los más ricos matices del genio español, o ibérico.

LAS ESPAÑAS

está en venta en las siguientes librerías de México, D. F.:

PEREZ GALDOS
(Kiosko Alameda Central, esquina Hidalgo)

GARCIA PURON
(Palma 22-B, entre Madero y 5 de Mayo)

LIBRERIA DE CRISTAL
(Alameda Central)

LIBRERIA "MADRID"
(Artículo 123, cerca de San Juan de Letrán)

Además, en:

LIBRERIA "COSMOS"
(Aduana 208 Sur)
Tampico, Tamps.

LIBRERIA "CERVANTES"
(Zamora 52 y 54)
Veracruz, Ver.

LIBRERIA "SENECA"
(Huérfanos 836)
Santiago de Chile

Ediciones Peuser

LOS ROMANOV
Autócratas de todas las Rusias.
POR
WILLIAM GERHARDI

Nos presenta, W. Gerhardi, en Los Romanov, una galería de estadistas, improvisados en ocasiones, pintorescos en algunas, geniales o terribles en otras, pues que tocaron los extremos de imbecilidad y los de la demencia sanguinaria.
Con sólo los trazos esenciales, logra revivir, no únicamente a esa sugestiva dinastía rusa, sino el cuadro de la Europa contemporánea de aquélla.

♣

OTRAS PERSONALIDADES QUE HE CONOCIDO
—De Bergson a Mark Twain .. de Clemenceau a Mussolini— 1900 - 1943.
POR
GEORGES MICHEL

"Otras Personalidades que he Conocido", es una interesante galería de celebridades famosas todas, dignas de admiración y cariño unas, de penosas evocaciones otras, pero todas admirables y que vistas a través de la pluma del magnífico escritor galo, constituirán una fuente valiosa para el estudio intelectual, psicológico e histórico de la descomposición del mundo actual.

♣

LA ROSA NEGRA
POR
THOMAS B. COSTAIN

Esta interesante novela histórica, se desarrolla en la Inglaterra posterior a Las Cruzadas hasta el Oriente de Kublai Khan. Es la historia de un joven noble inglés que se abre camino hasta el centro mismo del fabuloso imperio mogol y vuelve a su patria, donde se le advierte que deberá elegir entre una heredera inglesa y una muchacha oriental.

♣

FUEGO DE JUVENTUD
POR
ENID BAGNOLD

Libro cuya adaptación cinematográfica es interpretada por Mikey Rooney en el personaje de Velvet, joven que ama los caballos, a los que sabe conducir con singular destreza y cifra en ellos sus ilusiones infantiles en que ya despunta la adolescencia. El peón de su padre que conoce el ambiente del "turf" alienta tácitamente el propósito de Velvet: intervenir en las carreras más importantes del país con su "Tobiano". Todo lo cual permite vaticinar un seguro éxito de librería.

♣

EL ESPLENDOR DE ROMA
POR
EDITH HAMILTON

La autora nos lleva tras las bambalinas del majestuoso drama de la historia, salvando sin esfuerzo el abismo, ni ancho ni profundo, que se abre entre el mundo nuestro tan vertiginoso y cambiable, y el pasado romano de 200 años antes de Jesucristo.

♣

"MICROCINE CELESTIAL"
en el que se proyecta el libro de la tierra.
POR
LOLA PITA MARTINEZ

Acerca de este libro de Lola Pita Martínez, fruto sin duda el más sazonado de su labor literaria, cabe repetir lo que ya dijera alguien que ha sabido interpretarlo con justeza: "Notable poder de síntesis; plumazos humorísticos, que aclaran de un golpe toda una época. Visión originalísima del largo drama humano".

♣

LOS MELENDY DE SEATTLE
POR
EDNA FERBER

Es ésta una de las novelas de Edna Ferber, en la que con más nitidez se advierte la sutil agudeza de la crítica, la viveza pictórica de la descripción y, sobre todo, la presentación sinceramente humana y suavemente idealizada de los personajes
El escenario es Seattle, el puerto más septentrional de los Estados Unidos sobre la costa del Pacífico, punto de convergencia y puerto de salida hacia los campos de oro del Klándike.

♣

OSCURO FLUYE EL RIO
POR
JOHN MACDONALD

En "Oscuro fluye el Río", John Macdonald, muestra el curso de tres vidas, el curso íntimo, que enraiza en lo subconciente y aflora al exterior en violencias de pasiones encontradas.
Es el drama de estas vidas enlazadas, es la tragedia inexplicable que provoca el confuso y oscuro fluir del río de la vida.

♣

CURSO DE ECONOMIA POLITICA Y SOCIAL
POR
LUIS ROQUE GONDRA

Este curso, síntesis de las lecciones profesadas por el autor de la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, desde 1921, es una obra enteramente nueva por su contenido y su forma. Comprende, además, temas fundamentales, apenas esbozados en trabajos anteriores, como la "Convulsión totalitaria", materia de su tercera parte.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:

ALMENDROS Y VILA EDITORES, S. A.

Amazonas No. 7 **México, D. F.** **Tel. Eric. 11-20-31**

EDITORIAL CENTAURO,

S. A.

Tel Eric. 12-27-11 I. la Católica 24-307 México, D. F. Tel. Mex. J-00-89

COLECCION
NOVELAS Y CUENTOS

TRES NOVELAS ASTURIANAS. — Por Luis Santullano Precio: 7 pesos M. Mex.

CUENTOS DE LA VIEJA ESPAÑA.—Selección y prólogo de Juan José Domenchina. Antología formada con los mejores cuentos del Infante don Juan Manuel, el Archipreste de Talavera, Pero Mexía, Juan Timoneda, Cervantes, Quevedo, Vélez de Guevara, Tirso de Molina, Fernán Caballero, Estébanez Calderón, Figaro, Valera, Echegaray, Alarcón, Trueba, Pereda, Bécquer, Galdós, Pardo Bazán, Clarín, Picón, Palacio Valdés, Ortega Munilla, Trigo, Zozaya, Blasco Ibañez y Rodríguez Marín. 500 Págs. 15x22½. Forro de caple a dos tintas. Cubreforro de couché a cuatro tintas. Precio: 12 pesos M. Mex.

TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS.—Selección y prólogo de Juan José Domenchina. En este volumen se recogen las más bellas tradiciones, leyendas y creaciones populares de carácter nacional y provincial. 500 páginas 15x22½. Forro de caple. Cubreforro a cuatro tintas. Precio: 12 pesos M. Mex.

ONCE CUENTOS CORTOS, por Rodolfo Navarrete. Prólogo de A. Mediz Bolio.—Bellos relatos en que se muestra la gran iniciativa creadora y el estilo humano y sencillo de este escritor mexicano. Carátula a tres tintas. Precio: 3 pesos M. Mex.

CUENTOS DE LA VIEJA RUSIA, Prólogo de Benjamín Jarnés.—Puchkin con sus maravillas y sus sorpresas líricas; Tolstoi con su evangelio siempre abierto; Chejov con sus irónicas sonrisas; Gorki con sus paisajes interiores y exteriores de sobria expresión; Gogol, Turgeniev, Korolenko, Andreiev, Kuprin, Zurov, Averchenko, etc. 456 Págs. 15x22½. Forro de caple. Cubreforro de couché a cuatro tintas. Precio. 10 pesos M. Mex.

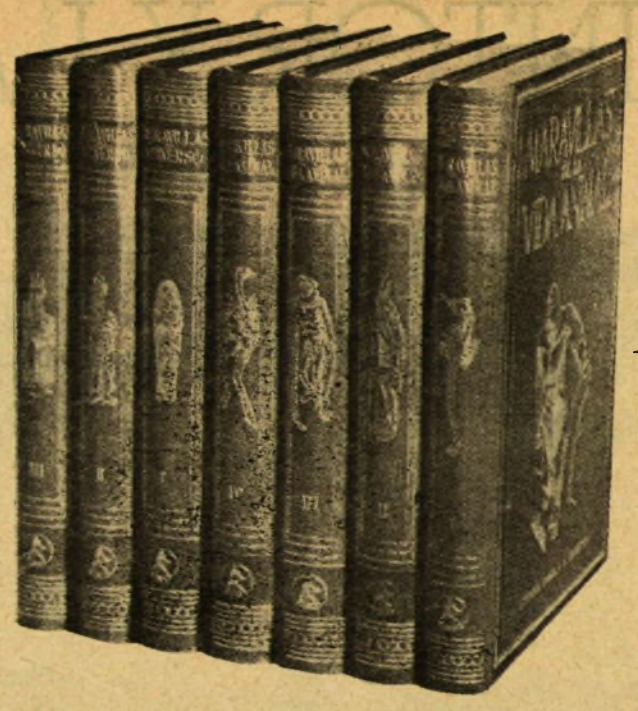
INDOMABLES.—Los mejores relatos del frente ruso-alemán y de la lucha de guerrillas en la retaguardia alemana. Entre los autores figuran Eherenburg, Tolstoi, Gorbatov, Gladkov, Ivanov, Sholojov, Tikjonov, Wanda Wasilewska, y otros igualmente notables. 14x21½. Forro a tres tintas. Precio: 7.50 M. Mex.

★

YA ESTA A LA VENTA
"LLANURA"
(Novela)
Por
Manuel Andújar

★

APARECERA PRONTO:
"EL FIN"
(Cuentos)
Por
Ana Seghers



MARAVILLAS DEL UNIVERSO

LA OBRA MAS BELLAMEMTE ILUSTRADA DE CUANTAS SE HAN PUBLICADO EN SU GENERO

3 Volúmenes, 1200 páginas, 2000 ilustraciones y gran número de láminas a todo color

Maravillas de la Vida Animal

UN ALARDE LAS ARTES GRAFICAS

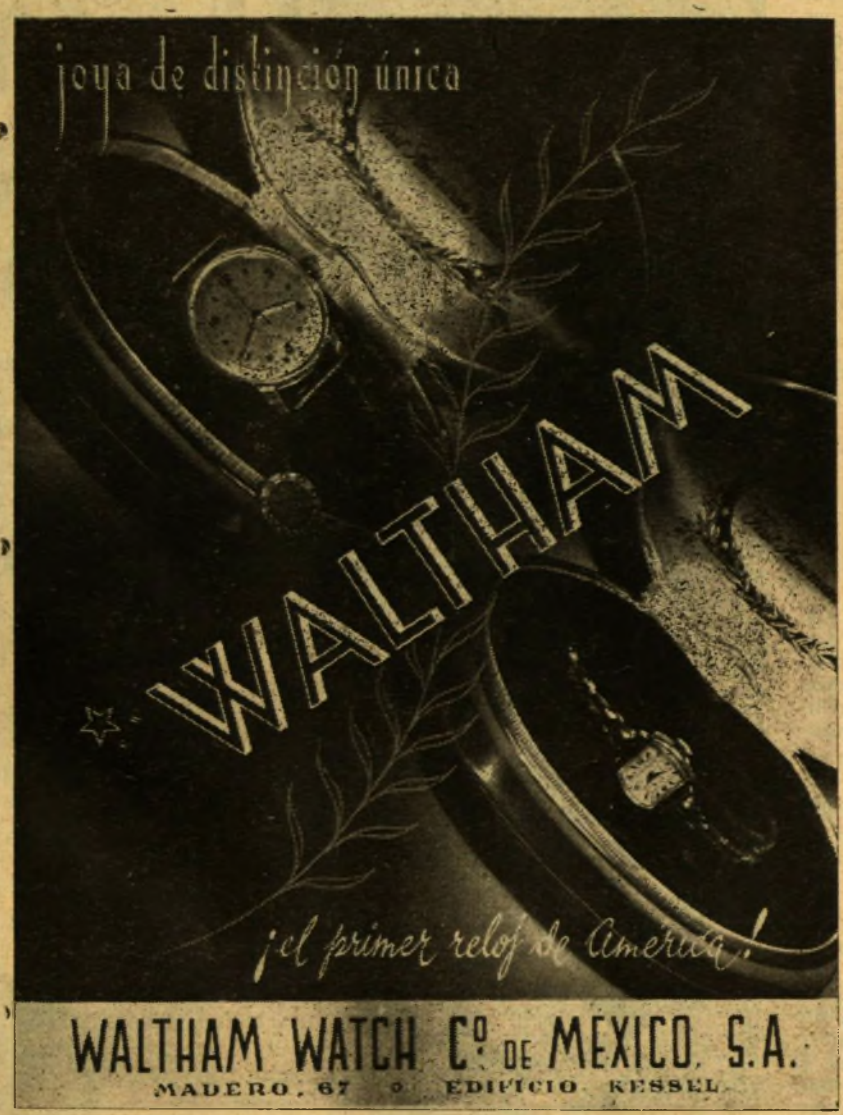
4 Volúmenes con 1883 páginas, 2000 ilustraciones en negro y con 32 magníficos grabados en vita color y una lámina desmontable, el arco iris viviente del color animal

EDITORIAL LABOR, S. A. ARGENTINA

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS:

ALMENDROS Y VILA, EDITORES, S. A.

AMAZONAS NO. 7 MEXICO, D. F. TEL. ERIC. 11-20-31



EL ENIGMA DE TASIRTA

(Viene de la pág. 6)

clamár su pago, cosa que le extrañaba, pues siempre había sido puntual a su deuda.

Los libros fueron desapareciendo.

El cajón difícilmente se llenaba de obras.

Y con ellas bajo el brazo, fué de editorial en editorial, de revista en revista, de periódico en periódico...

Hacia muchos días que se le escapó el pan.

¡Qué malo es comerse la pluma!

◈

Un día, Don Rafael no volvió.

¿Murió? ¿Obtuvo éxito? ¿Se marchó a otras tierras? No sabemos.

Pero el cajón de sus obras inéditas, casi con la mayoría, fueron quemadas para calentar el baño del portero, que al limpiarse el cuerpo, leía a Unamuno.

El Hombre de...

(Viene de la pág. 6)

al muchacho. Tiene su ojo clavado en un individuo vestido de negro que ha llegado a espaldas del pequeño rebelde.

—¿Con que sí, eh? ¡Magnífico! Pero no, esto se acabó. Si sus padres no pueden ocuparse de usted por impedírselo "los deberes sociales", que contraten a un lacero. Yo ya estoy harto de tanta inconveniencia... ¡Pues no faltaría más!

Se lo lleva a empujones.

—¡Yo quiero el patito rojo!

El hombre de los muñecos extiende su manaza.

—¡Señor, señor, espere!

Han subido a un coche negro y el motor se pone en marcha.

—¡Aguarde! ¡Tenga!...

Pero sólo le oye el muchachito de los cabellos rubios, que lo mira lloroso con sus ojos de aurora...

Y así se queda el hombre de los muñecos. Mirando hacia lo lejos con su único ojo, con el brazo extendido como un mendigo, y mostrando en su palma un patito rojo de cartón... Nadie sabe qué dice, aunque mueve los labios, porque el fragor de las bocinas ahoga sus palabras.

México, D. F. 1946.

LIBRERIA ESPAÑOLA PEREZ GALDOS

★

Ofrece el más amplio surtido en libros de CUENTOS PARA NIÑOS y las mejores ediciones de libros para REGALOS DE NAVIDAD a precios reducidos.

En la "LIBRERIA ESPAÑOLA PEREZ GALDOS" encontrará Ud. las últimas novedades editoriales de España, México y Argentina.

★

CONSULTE NUESTROS PRECIOS

★

Kiosko de la Alameda Central, esquina Hidalgo, frente a las Pérgolas

EL PINTOR Y LA OBRA

POR

JOSE RENAU

PARA alcanzar un estado de consciencia susceptible de intuir la grandeza humana de una obra de arte en toda su significación e intensidad, es necesario situar paralelamente en una sucesión cronológica y dinámica, de un lado, el pensamiento subjetivo, los propósitos y hasta las peripecias mismas de la vida del artista, y del otro las obras realizadas, consideradas como la concreción material de cada una de las etapas del movimiento constante e indivisible de aquel proceso íntimo, en relación con un medio-ambiente determinado.

El que este movimiento dual de los propósitos y de las realizaciones, pueda ser paralelo, convergente o divergente; el que las analogías o contradicciones puedan mostrarnos la relación entre el artista y su obra como un proceso racional y consecuente o como ilógico e intuitivo, son hechos de interés capital que pueden expresar un orden de secuencias insospechadas en el goce y en la apreciación de la obra del arte, más amplio y profundo, más coherente con el acento humano de ese movimiento de afirmación y negación que constituye el fondo espiritual más impresionante de la actividad creadora.

Para todas aquellas gentes que consideran que la pintura significa algo más que un goce sensual, la biografía del pintor no puede representar una simple cuestión de erudición, como un valor al margen, sino un elemento-clave tan importante y significativo como su obra. Se ha hablado mucho, por una parte, de la significación suprema de los valores plásticos de relación dentro de los márgenes del cuadro mismo considerado aisladamente, como un mundo absoluto. Por otra parte se considera la obra de arte como el producto de una serie de factores, de carácter económico-social, en tal o cual circunstancia histórica. En ambos casos, de notoria unilateralidad, queda eliminado el artista de la contienda crítica considerado como un meteoro sin voluntad propia.

Es indudable que de muchos pintores, sobre todo de las épocas antiguas, carecemos de noticias biográficas, pero cuando se poseen se les da un valor secundario de anécdota pintoresca. Cualquier tratadista o crítico, se cree en posesión del secreto de las fuentes creadoras del artista, prescindiendo frecuentemente de las propias opiniones de éste y aun de los hechos de su vida.

La obra de arte debe ser considerada como la expresión última de los impulsos del artista. Pero sería tan absurdo negar la posibilidad de lo imponderable al establecer una lógica a rajatabla en este movimiento que va desde el propósito hasta la realización, como el considerar, por comodidad intelectual, que en la lucha del artista por cristalizar sus propósitos toda frustración o inconsecuencia de estos, toda la parte de su impulso subjetivo que ha quedado intransitiva, no posea valor alguno. No se pretende con esto, recordando aquella angustiosa inconformidad de Miguel

Angel, que lo más significativo en el artista, sea aquella proyección espiritual que sobrepasando sus posibilidades técnicas o temporales nunca llega a ser expresada en su obra.

Así pues, el posible conocimiento de este impulso subjetivo del artista, puede y debe transformar la naturaleza estática del clásico círculo de nuestro conocimiento actual en una espiral cuyo movimiento ascendente nos permita alcanzar espacios cada vez más humanizados en el entendimiento de los hechos del arte.

Debieran decidirse los pintores a romper el círculo convencional que envuelve sus vidas, diciendo lo que piensan y lo que buscan, más bien que lo que les convenga decir de cara a la galería. Sería saludable el que los propios creadores comenzaran a hablar de sus cuitas, de sus dificultades y de sus mismas obras, animados por el propósito de crear una base de conocimiento mas viva, humana y real para la crítica y para la apreciación del público.

En consecuencia, sin modestia ni vanidad y movido por un natural impulso de acuerdo con mis convicciones a este respecto, comienzo a escribir sobre mis propias ideas y propósitos, sin temor alguno a la desproporción, contradicción o incoherencia que pueda existir o que alguien pretenda encontrar entre mi intención y mi obra.

—oOo—

Nací en Valencia en mayo de 1907. Mis padres, así como todos mis ascendientes a quienes alcanza mi memoria son valencianos.

Mi padre, pintor restaurador del museo de Valencia me hizo dibujar y pintar desde muy niño, y desde que tuve uso de razon vivi familiarizado con las obras de los viejos maestros de la pintura española cuyos cuadros he observado desde muy cerca y he tocado con mis propias manos durante los procesos de restauración en los que yo hacía de aprendiz de mi padre.

Creo que esto ha formado en mi un concepto del arte pictórico en el que la solidez lineal y la expresión de la estructura forman los elementos más esenciales. La lección de los grandes maestros de nuestra pintura, va madurando en mí con el tiempo y sigue, cada vez más viva, expresándose, más que en la voluntad de imitar sus valores plásticos, en una fuerte atracción hacia sus peculiares maneras de enfrentarse con la realidad de sus tiempos, ampliando los horizontes de la pintura universal con valores de profunda humanidad.

Durante mis estudios en la Escuela de Bellas Artes de Valencia, no pude adaptarme nunca al estilo impresionista decadente que era base allí de la enseñanza.

Las singulares formas de ver la naturaleza en que se expresaba la pintura moderna y que conocí por medio de las reproducciones en revistas de arte, sobre todo francesas, aumentaban mi desconcierto al hacerse más patente el atraso intelectual y artístico de nuestro medio-ambiente valenciano y abrían en mí nuevas apetencias. Me atraían sobre todo los cubistas, en los que yo veía una fuerte voluntad formal tratando de reconquistar el predominio de la línea y la estructura, hechos que coincidían con mi propio concepto y estado de ánimo.

Siguiendo la línea de esta influencia, aun superficialmente comprendida por mí, y mezclándola con ese fuerte impulso decorativo que llevamos dentro casi todos los valencianos, realicé una serie de "gouaches" que expuse en 1929 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid a la edad de 22 años.

Esta primera y única exposición de mi obra pictórica, constituyó uno de los hechos que más había de influir en mi futuro. Tuve un éxito tan fulminante como inesperado. Toda la prensa de Madrid se ocupó con sorpresa de mis cuadros. Era yo un pintor joven y totalmente desconocido. Lo desproporcionado del éxito tuvo en mí efectos contraproducentes; quedé como aturdido, y consciente, a pesar de mi ingenuidad provinciana, del carácter realmente titubeante de mis pinturas; teniendo además una idea exagerada de las dificultades de mi profesión y de lo difícil que era alcanzar el éxito tal como me explicaba mi padre, el haber obtenido todo lo que puede desear un pintor en cuanto a éxito de público y de crítica con tanta facilidad, me desmoralizó totalmente haciéndome ver con una gran claridad la falsedad de aquel público, de aquella crítica y hasta de mis propias obras. Rechazando la oportunidad de trasladar mi exposición a París y a Nueva York, regresé a Valencia, donde a los pocos meses la crisis intelectual que el acontecimiento de Madrid me había producido me llevó a la actividad política.

En mi nuevo estado de ánimo, mis anteriores intentos en el terreno del arte publicitario tuvieron forzosamente que desarrollarse en la realización de numerosos carteles y dibujos de carácter político. En esta etapa (coincidiendo con la proclamación de la República) abandoné completamente la pintura y me dediqué casi en absoluto a trabajos y colaboraciones en revistas y periódicos, en contacto con las organizaciones revolucionarias de la clase trabajadora.

Aunque realmente la publicidad nunca ha sido un objetivo final en mi vocación pictórica, por razones económicas y políticas realice en esta etapa numerosos carteles tanto políticos como comerciales.

Mis éxitos en la plástica publicitaria no contienen ningún valor ni estímulo para mí, con excepción de lo que mis carteles políticos hayan podido contribuir a la exaltación del movimiento revolucionario del pueblo español. No tengo el menor interés por desarrollar este aspecto en mi actividad. Mi verdadera vocación ha sido siempre la pintura, en la cual encuentro un margen mucho más amplio para la expresión de mi personalidad. Esta vocación reapareció con mayor fuerza al final de nuestra guerra, siguió ascendiendo durante la emigración en Francia y convirtióse en una decisión definitiva a mi llegada a México.

La serie de pinturas que he realizado desde entonces, tienen todavía para mí un carácter de ensayo y ante todo, un sentido de **desintoxicación** con respecto a los hábitos técnicos adquiridos durante el ejercicio de la plástica publicitaria.

La evidente falta de unidad estilística y las contradicciones de concepto que se observan en mis obras, y que van desde un realismo casi fotográfico hasta la expresión abstracta y subjetiva de los colores y las formas, obedecen a una contradicción real que vive en mi espíritu: el impulso por conciliar los valores del arte clásico realista con las conquistas más audaces de las experiencias plásticas modernas.

No tengo la menor intención de eliminar esta contradicción realizando una unidad artificial en mi pensamiento y en mi estilo. Considero que lo importante es el llegar a la cabal expresión de mi espíritu, sin escamotear ninguno de los dos extremos que forman los polos opuestos de mi inquietud pictórica.

Desde el punto de vista ideológico-emocional, el objetivo último de mi impulso es el llegar a expresar en formas humanizadas, ese **movimiento cósmico,**

(Pasa a la página 12)